

15

EL LIBRO DEL ALMA.

(Páginas de educación)

POR

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

Segunda Edición.



MÁLAGA.—1870.

Imprenta del Correo de Andalucía.

078904221

EL LIBRO DEL ALMA

Tratado de la educación

AGUSTO FERRI PERCHET

Segunda edición

1907

MILAN 1907

Tratado de la educación

EL LIBRO DEL ALMA.
OBRAS DEL MISMO AUTOR.



EL LIBRO DEL ALMA.

*A mi querido hermano
Fabio*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
- GRANADA -	
Sela	C
Estante	43
Número	107 (15)

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Cantares.

Poco y malo.—(Poesias.)

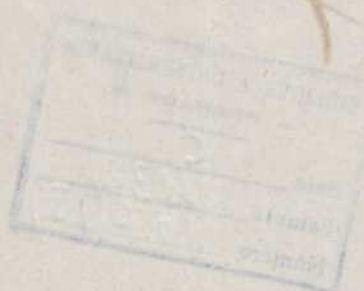
Cuentos y novelas.

La paz universal.

Artículos económicos.—(Segunda edición.)

Débora ó el pueblo libre.—(Episodio bíblico en un acto.)

El tributo de sangre.—(Drama en un acto.)



B. 34.491

M. 17

EL LIBRO DEL ALMA.

PÁGINAS DE EDUCACION,

POR

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

Segunda Edición.



MÁLAGA.-1870.

Imp. del Correo de Andalucía.

EL LIBRO DEL ALMA

OPUSCULO DEL AUTOR

LIBROS DE EDUCACION

Poesía y prosa — (Poesías)

Cuentos y novelas

Augusto Ferrer Perón

Es propiedad de su autor.



MARZO-1910

Imp. del Correo de Argentina



INTRODUCCION.

La sociedad parece que decae. Las maravillas de numerosos descubrimientos, de invenciones magnificas deslumbran sin duda cuando las contemplamos, y nos hacen creer que nuestro siglo vuela hácia la perfectibilidad humana.

Pero analizando con algun detenimiento lo que nos seducia á primera vista, se comprende el triste error y aparece la verdad tal como es en si.

La época presente tiene un símbolo, que es la *sed de oro*, y como consecuencia precisa, el egoismo y el mas completo materialismo.

Las ciencias, las artes, las industrias de-

muestran un paso colosal, avanzado hácia el progreso, pero estos medios no conducirán á la verdadera civilizaci3n mientras no coloquen la *familia* á la altura necesaria.

Hay en la sociedad del siglo diez y nueve un cáncer horrible, que devora á la juventud. El materialismo la ha envejecido, arrancándole sus placeres legítimos y puros. Hoy, esa juventud rie sin alegría, se agita sin gozar y arrastra la existencia como una pesada carga.

La enfermedad que lamentamos se ha transmitido del hombre á la muger, y no obstante, el hombre injusto casi siempre, olvidando que como soberano del mundo impone sus leyes á la muger, critica en esta lo que debiera criticarse á si mismo y en lugar de sostener á su compañera que vacila, la desprecia ó la abandona á su debilidad.

Al hombre toca reparar este error. Trabaje sin descanso, puesto que tiene su alma la necesaria inteligencia para llevar á cabo la *creacion* de la muger, comprendien-

do en este nombre el ideal de la perfeccion y la belleza. Trabaje, y el beneficio será para ambos sexos.

Estas páginas no contienen un tratado completo de educacion. Al azar hemos escrito *algo*, limitándonos á unos pocos renglones por temor de que fueran inútiles; mas si prestan algun beneficio, las dimensiones de nuestro libro serán siempre buenas.

Educacion de niños



I.

El trabajo es la base de las sociedades y el principio de la felicidad tanto en los pueblos como en el individuo.

La naturaleza humana nos obliga al trabajo, y donde quiera que fijemos la vista encontraremos impresa esta ley desde el cielo á la tierra, desde el espacio á las profundidades del mar.

Los astros en su eterno movimiento; las plantas en su existencia laboriosa; los animales desde el insecto hasta el cuadrúpedo; desde el ave hasta el reptil; cuanto nace, se agita, vive y muere, está sugeto á la ley del trabajo.

Dios le dá á las criaturas humanas facultades intelectuales y materiales que unidas pueden trabajar, y unas y otras se desarrollan y perfeccionan á medida que las ejercitamos; lo cual significa que el trabajo es necesario. Regad cuidadosamente una planta y la vereis crecer hermosa y lozana; descuidad su cultivo y se marchitará poco á poco. Lo mismo sucede con las facultades intelectuales del hombre. Hacedlas trabajar y no hay duda que se irán desarrollando; dejadlas sin cultivo y el hombre se embrutecerá rápidamente.

El padre debe á su hijo una educacion que en vano puede desatender sin cometer un crimen, sin faltar á Dios y á la sociedad. Sucede en el matrimonio, que asi como la madre es generalmente la encargada de educar á las hijas, el padre lo es respecto á los hijos.

La naturaleza distinta de los sexos establece ciertas simpatías de la hija para la madre y del hijo para el padre; simpatías que revelan el profundo instinto del corazon que hace buscar á las criaturas lo que necesitan.

Coloquémonos en el instante de nacer un

hijo y salvando con el pensamiento los primeros años en que la madre tiene el cuidado completo del niño, lleguemos á la edad en que principia su educacion.

Ante todo una palabra.—Mientras el hijo sea pequeño dadle luz y movimiento. Que corra, que salte, que respire el aire libre de los campos; que admire los paisajes hermosos de la naturaleza; que se crie por último ágil y robusto. El pájaro necesita espacio para tender sus alas y lanzar sus cantares. El niño es un pájaro y necesita igualmente volar y cantar... Que goce, que cante el inocente pequeñuelo; que alegre á sus padres con sus gritos. Dejadlo, dejadlo; despues vendrá jadeante á los brazos de su madre y allí descansará.

Sabido es que la madre es la maestra del niño y no debemos apartarnos de esta ley. Las impresiones de la infancia se graban en el corazon para toda la vida y deciden muchas veces del destino de los hombres. La tierna edad del niño, la costumbre de oír á su lado la voz de la madre, son razones que conviene tener en cuenta al tratar de la educacion.

No hay duda que la transicion que reci-



be esta criatura si sale del lado de su madre para ir á que lo instruya un preceptor á quien nunca ha visto, que desconoce y que no ama, es demasiado violenta. La madre, pues, ha de llenar el oficio de maestro en la primera educacion. Este oficio, por otra parte, está en armonía con la naturaleza de la muger, y quizá da mejor resultado tratándose del varon que de la hembra.

La madre debe formar el corazon del niño. Su cuidado está, en nuestro sentir, limitado á esto; y por cierto que es de infinita trascendencia el oficio de la madre. Lo que ella imprime en el alma de su hijo, subsiste durante la vida de este.

El maestro al tratar de instruir á un niño empieza, ante todo, por conocerlo; la madre lo conoce ya, y este conocimiento significa un paso gigantesco y á la vez un vacío que nunca llena enteramente el maestro.

Y no se crea que la muger ha de reunir dotes particulares para ejercer su sacerdocio. Su sabiduría se encierra en una frase, pero grande, sublime: *saber ser madre*.

Verdaderamente causa sorpresa y admi-

racion el órden maravilloso que observamos en los espectáculos que nos rodean.

Dios ha puesto en el corazon de todos los séres un instinto que los hace adquirir cuanto necesitan para el desarrollo de su vida y de sus fuerzas, pero de todos los instintos hay uno mas dulce, mas tierno, mas elocuente y conmovedor; el amor materno. Lanzad una mirada á todos los animales, y donde quiera que fijeis los ojos encontrareis el mismo amor, el mismo instinto. ¡Qué cuidados; qué prevision; qué desvelos en las madres para criar á sus hijos, para enseñarlos á andar; á comer; para advertirles el peligro; para librarlos de sus enemigos!

La naturaleza sábia y elocuente dá á conocer en el ejemplo de estos séres la obligacion de las criaturas humanas; pero ¡cosa rara! la criatura humana que domina por su inteligencia sobre los demás animales, es en este punto inferior á ellos; olvida sus obligaciones; cierra los ojos á lo que vé y ahoga los gritos de la naturaleza.

¿No causa vergüenza que muchas madres entreguen sus hijos á manos mercenarias que los crien? La *moda* lo exige;



pero mientras tengais el jugo necesario de la vida, no abandoneis a vuestro recién nacido.

II.

Figuraos la felicidad de un padre que lleva á su hijo á un paseo solitario y responde á las mil preguntas que le dirige el pequeñuelo. Todo llama la atención del niño; desea saber las causas, la historia, el porqué de lo que mira y observa, y con el interés propio de la infancia, oye las explicaciones del padre. ¡Hermoso cuadro! La edad de la reflexión se convierte en mentor de la niñez y poniendo su inteligencia á la altura de la joven alma que tiene á su lado, satisface con placer al curioso que estraña todo y que quisiera saberlo todo.

Esta es ya la ocasión en que principia el trabajo del padre para con su hijo; trabajo asiduo, infatigable y de todos los días, si ha de llenar su objeto y responder á las necesidades que exige.

La madre hablaba á su hijo el lenguaje del corazón, y de este modo fué educando



su alma, dócil á recibir las huellas de las primeras máximas morales y religiosas; pero la madre no profundiza en esta educacion. Ni sus conocimientos se lo permiten, ni la tierna edad del niño pide otra cosa que un ligero bosquejo donde van á dibujarse despues ideas mas profundas, mas graves y de mayor importancia.

Vedlo ya en manos de su padre, con un pequeño caudal de buenos instintos y sentimientos generosos. Sobre esta base es fácil levantar el edificio de su porvenir.

El padre ha de formar de su hijo un ciudadano, un hombre útil á su pátria y á la sociedad. En el fondo del hogar, en las conversaciones que tiene el matrimonio aprende el niño nuevamente. La mejor educacion que puede dar un padre á su hijo es el buen ejemplo de su vida pública y privada. Añadid á esta educacion la que el niño recibe en la escuela y mas tarde será un hombre útil y de provecho.

Pero al hablar de la instruccion que recibe el niño en la escuela se ocurre una duda terrible. ¿Cuáles serán las ideas que inspire el maestro á aquella inocente infancia? ¿Qué cuidados no se deben tener

para que los maestros cumplan su mision?
¿Cual no será la trascendencia que una máxima errónea, un principio equivocado pueden causar en criaturas cuya razon es débil para la defensa y cuya inteligencia no sabe distinguir esactamente lo justo de lo que no lo es?

El maestro es como un padre de familia. En su mano está el destino de la patria. Calcúlese, pues, si necesitan los gobiernos cuidar de que llenen este cargo hombres de suficiente capacidad.

La escuela es conveniente para el niño, siempre que la vigilancia y el órden mas perfecto reinen en ella. El niño se acostumbra á vivir en sociedad y al mismo tiempo no está muchas horas separado de sus padres, cuya influencia nunca debe olvidar ni perder; y para lograr este último objeto, para que encuentre en su casa el ejemplo y la instruccion que necesita, es preciso que en el matrimonio haya una perfecta armonía; paz y amor y prudencia. Hé aquí la única manera de arraigar en los hijos el amor á la familia y el respeto y la veneracion á los padres. De otro modo no hay educacion posible. El niño llegará

algun día á ser un hombre inútil y tal vez un malvado, sin que los buenos instintos que nacen con la criatura basten á modificar los vicios de este hombre.

¡Esposos; amaos siquiera por vuestros hijos!

III.

La aspiración de toda educación, el límite de toda perfectibilidad es Dios. La educación es solamente la que nos puede hacer dignos de Dios, inspirándonos el amor suyo y el de los hombres.

La madre enseña á su hijo lo bueno y lo malo, y por este medio la conciencia del niño empieza á desarrollarse. La primera cosa que la madre ha de enseñar á su hijo es la existencia de Dios, como base y término de la educación; como principio y fin de la cadena de los conocimientos humanos. Por la existencia de Dios le inspira el sentimiento de lo bello, de lo infinito, de la inmortalidad.

En la criatura humana se distinguen

dos naturalezas. La de la razon ó la inteligencia, y la del alma. La educacion de esta corresponde á la madre, y la de aquella al padre.

Creemos que en la educacion actual hay un vicio muy grave, y es que se atiende principalmente á la inteligencia, siendo así que lo principal debe ser el alma, puesto que educada esta perfectamente, nos proporciona todos los bienes apetecibles.

La época presente se distingue por una tendencia ambiciosa á todo lo que es la razon, pero ocupando la razon en beneficio del *individuo* á quien busca *bienes materiales* y nada mas. El alma queda olvidada ó postergada; la educacion es imperfecta y con su imperfeccion causa mucha parte del mal que lamenta la sociedad moderna. Hablad del alma y la virtud, y no os escucharán. Hablad de negocios ó de frivolidades ridículas y todo el mundo prestará atencion.

Cada época tiene sus necesidades; la que atravesamos tambien las tiene aunque muy superficiales por mas que supongan un desarrollo continuo de la inteligencia. La necesidad palpitante es el *progreso*, pero

limitado á la fria razon; esta palabra *progreso* resuena en la sociedad pública y doméstica, y á ella se someten los gobiernos y los padres de familia. Entretanto se pregunta: ¿Y el alma? ¿Y el sentimiento? Callad, la respuesta que hallareis será la risa y el desprecio.

Aquí era indispensable que fijaran su atención los padres. Desarrollad en vuestros hijos nobles instintos; inspiradles amor á la virtud; que esta sea su aspiracion; que en ella cifren su felicidad y su gloria, y habreis elevado la educacion á la altura que le corresponde.

Educacion de niñas.

PRIMERA PARTE.

I.

El símbolo del matrimonio es la cuna. A su alrededor se desarrolla nuevamente el amor conyugal. La cuna supone un hijo, y un hijo es la felicidad suprema del matrimonio; la revelacion de la madre; el principio de una religion para la mujer; el principio de una fe desconocida para la desposada.

La concepcion de aquella criatura imágen del esposo ó de la esposa; el nombre sagrado de *hijo*; el orgullo de haber dado la vida á este sér, todo esto forma un lazo que une mas íntimamente las almas del matrimonio.

Ved á la madre arrodillada ó sentada delante de la cuna, admirando, estudiando al pequeñuelo, soñando quizá en su porvenir cuando apenas ha visto el recién nacido la luz del día; forjando, en fin, un mundo para su hijo... ¡Locuras!.. pero son tan naturales estas locuras! Y ai mismo tiempo, qué adoracion, qué éstasis el de la madre cuando contempla aquella flor purísima del amor. Su corazon se dilata, y el alma dá gracias al cielo.

¡Ser madre! Hé aquí á la mujer en la plenitud de su ministerio sagrado. Mil pensamientos asaltan su imaginacion, y sin duda esclama: necesito educar á este ángel. Si cultivo su corazon; si siembro en su alma virgen la semilla de la virtud, el día que mi hijo éntre por completo en el combate de la vida será feliz, por que la virtud es la única felicidad que hay en la tierra. Si aparto su alma de los caminos de la justicia, si por descuido ó por error le inspiro pasiones mezquinas, labro su desgracia y tal vez la de sus hijos, pues el mal vuela tan rápido como la llama.

Las ligerezas del hombre se desvanecen ante la cuna de su hijo; el jóven se con-

vierte en pensador grave y profundo.

La inocente criatura despierta en los esposos las imágenes de sus amores. Sus almas unidas sueñan en el pasado y esperan en el porvenir.

Cada movimiento del niño en los días sucesivos; cada sonrisa, cada sílaba incomprendible, cada detalle es un mundo ideal para la pareja que mira á su hijo.

No hay duda que un hijo es la flor del matrimonio. Evita muchos disgustos, es causa de que el padre adore mas á su esposa, y con frecuencia arranca al hombre de sus extravíos.

No exagero; digo la verdad sin ficción y sin poesía.

Desde que nace un hijo empieza para la madre otro aprendizaje. El niño la enseña; descubre á sus ojos horizontes dilatados y la madre, al paso que educa, aprende.

II.

He hablado de la educación de los niños; la de las niñas es diferente. Las tendencias

y las inclinaciones que existen entre los dos sexos desde la mas tierna edad son opuestas. En sus juegos, en sus pensamientos las niñas nunca se parecen á los varones. Su carácter pacífico, dulce y amoroso empieza á bosquejarse en su infancia primitiva. El organismo de la niña le revela el amor, necesidad de su vida y de su porvenir, y si analizamos sus juegos inocentes, admiraremos la claridad con que se manifiesta en ellos el destino de la mujer.

Al contrario del varon, no es bulliciosa, ni mal inclinada como suele ser aquel. Sus deseos, sus ocupaciones aparentes se reducen á una frase; *el amor y la familia*.

La idea profunda de toda educacion es el *deber*; y considerándolo en sus relaciones con la familia y la sociedad, veremos que comprende en sí todos los extremos posibles de la educacion.

El *deber* supone el cumplimiento de las obligaciones morales y religiosas, públicas y privadas. El deber (lógicamente hablando) es el móvil de nuestras acciones. Si la madre sabe inspirar á su hija esta sola idea puede estar satisfecha de sí misma.

En la mujer el deber se hermana con el amor y ambos reinan en el hogar doméstico.

Al hablar de la educación de niños indicamos que la época presente exigía que en la enseñanza del hombre ocupase un lugar preferente la inteligencia: con la mujer no sucede así. Su misión no varía, ni debe variar. Su fin es el alma, el amor; alma y amor que educados perfectamente, idealizados por una madre noble y desinteresada, educarán mas adelante de la misma manera á otras almas que con tal ejemplo formarán del hogar un santuario y de la familia una religion; mientras que si no han adquirido un perfecto desarrollo hacen de la mujer una criatura vulgar, incapaz de cumplir su sacerdocio por que le falta la acción enérgica y poderosa de su alma y su amor.

Es indudable que si el hombre ejerce un influjo muy directo en la educación de la mujer, esta lo ejerce mayor aun en la de aquel. El porvenir está en sus manos. Ella eleva al hombre ó lo prostituye segun su grandeza ó la pequeñez de sus senti-



mientos. La mujer adornada de buenos instintos, es el consuelo en los días tristes de la familia; la esperanza y la alegría de su esposo. Digámoslo en una palabra. La única persona que educa es la mujer. La civilización del mundo depende de ella. Donde la mujer reina como señora, allí hay felicidad y civilización. Donde está olvidada, no alcanza la civilización un incremento notable. Educad á la mujer y la sociedad os deberá casi toda su suerte. Mas para que la mujer ejerza la influencia necesaria, es preciso que su educación tenga por base el amor; no nos cansamos de repetirlo.

La primera cosa que vé la niña es el hogar. En sus pocos años procura asociarse á los trabajos de su madre; observa, estudia, aprende y sin advertirlo vá formando (siendo bien dirigida) la série de conocimientos que algun día han de servirle para la vida del matrimonio.

III.
La escala de los años se sube con rapidéz. La niña llega al umbral de la juventud. Vá á empezar otra vida que exige mas

cuidados. En este nuevo periodo se revela el amor, que en su vaguedad primera seduce y hace soñar. Madres, evitad que vuestras hijas dejen volar su imaginacion por el mundo de los sueños. Para conseguirlo, procurad que despues de los quehaceres domésticos y ocupaciones serias se entretengan las jóvenes en lecturas escogidas, en ejercicios de música ó pintura, á fin de que su imaginacion no pueda entregarse á locos devaneos.

Sin embargo, apartemos de la mujer toda educacion científica ó literaria, pues con frecuencia una educacion escesiva trae á las jóvenes graves perjuicios. Lo contrario sucede si la educacion se estiende sobre sólidos principios religiosos; y aquí hemos hecho una observacion. Muchas madres enseñan á sus hijas una religion idólatrica y convierten las oraciones en una relacion rutinaria sin sentido ni pensamiento. La teoria de las oraciones es rezar por devocion no por costumbre. Hay en nuestro siglo una tendencia á ilustrar á las mujeres y á impregnar en su corazon las miles nuevas ideas que circulan en la sociedad. La época que atravesamos es

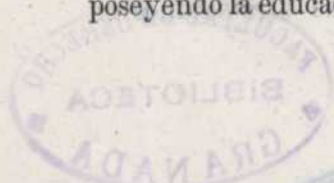


horrible para el amor y la familia. Una multitud de elementos se reúnen para destruir la paz y el reposo del hogar. Aparecen necesidades imperiosas que satisfacer. Luchamos con una *moda* despiadada, cuyo fundamento, cuyo principio es la *igualdad* aparente de fortunas, plaga devoradora, cáncer de los esposos y de los padres de familia.

La modestia en el hablar y en el vestir que tan bien sienta á las jóvenes, desaparece con demasiada velocidad, para dejar el puesto á una educacion ficticia, á una charlatanería y un descaro que fatigan y disgustan.

Ya no se contenta la mujer con ser mujer; arrebatada al hombre sus derechos; se nivela á él por sus estudios; cuestiona y discute, y en suma, se transforma en un ser *mixto* que la rebaja en lugar de elevarla, que la afea en lugar de embellecerla.

No niego á la mujer su aptitud para el estudio; de ninguna manera, pero convenimos que la mision de la mujer no se estiende á una ilustracion profunda. Le basta saber enseñar á sus hijos; esto lo consigue poseyendo la educacion moral, la educacion



del sentimiento, y para alcanzarla es inútil la ciencia ó la literatura. El libro de la naturaleza con su obra de vida y muerte, ofrece lo bastante.

Se ha hablado en repetidas ocasiones de enseñar á las niñas la historia universal, el latin, la geografía y otras materias, y muchas mujeres son educadas de esta manera. Es verdad que ciertos estudios, por ejemplo el de la historia, pueden servir de utilidad á determinadas capacidades; es verdad que la jóven debe tener algunos conocimientos, y actualmente se advierte una tendencia á procurar á las niñas numerosos adornos, pero á su lado encuéntranse vicios terribles, hijos de la educacion misma, y que en vez de ser considerados como tales vicios, forman parte integrante de la educacion. Mientras mayor es la civilizacion de que blasonan hoy los paises, tanto mas imperfecta es la educacion de la mujer. ¡Horrible contraste! Desconsoladora verdad, y sin embargo verdad.

La madre enseña á sus hijas á tener infinitas necesidades que para nada sirven. Les inspira la idea de la belleza física, de la presuncion, del fingimiento, de la

holgazanería. El corazón se acostumbra á estas ideas, primeras que recibe, y hace de ellas el culto de toda la vida. El gobierno interior de una casa, las faenas domésticas, son pequñeces impropias de una jóven de moda. La vanidad es una virtud y el hombre, por agradar á la mujer, tiene que convertirse en un ente ridículo y vano.

No es preciso profundizar mas esta cuestion. La ligereza y la frivolidad, constituyen el carácter del siglo: su origen está averiguado. Mientras la educacion no varíe el hombre poseerá los defectos que censuramos. Si la niña vé en su madre vanidad y presuncion, ¿cómo exigirle que sea grave y modesta?

Desde su infancia aspira el veneno de una educacion viciada, y cuando mujer, será uno de tantos séres inútiles al mundo y á la familia.

Educacion de niñas.

SEGUNDA PARTE.

I.

En el afan de instruir que hoy vemos, se cuida mucho de la inteligencia de las mujeres; se regulariza su enseñanza; se procura que reunan talentos especiales; se las hace artistas, y el resultado de tanta ilustracion consiste en saber de memoria un arte ó varias; pero ¿qué hacen los padres para que sus hijas sepan ser *mujeres de su casa*, esposas y madres? Nada.

La inteligencia se ha enriquecido; la jóven posee una enciclopedia de conocimientos; mas decidme, ¿sabe algo de las interioridades del hogar?

Si quitamos á la mujer los adornos de su educacion artistica, si desnudamos su inteligencia queda ciega del todo, por que no habeis educado su alma. Si la despojamos de los conocimientos de idiomas, de música, de pintura, de geografia ó de historia, se convierte en un ser que para nada sirve, pues no la enseñásteis primeramente á conocer las necesidades de una familia, los trabajos de una casa, las obligaciones de una esposa, de una madre, de una hija.

Al par que se adorna con talentos á las mujeres, se las acostumbra á los placeres del mundo, sin observar siquiera que muchos de ellos sinó secan el alma, á lo menos marchitan con frecuencia la modestia, primera virtud de la mujer.

La mujer moderna es educada para la vida de las sociedades y no para la vida de la familia. La mujer con tal educacion es la desgracia de su familia. ¿Qué hacer en el seno del hogar si desconoce sus obligaciones, sinó sabe otra cosa que lucir y figurar? Educacion de oropeles, la de nuestro siglo no tiende á ningún fin útil. Su objeto es agradar al mundo sin servirle de

nada. El vacío que encontramos es terrible, y no acertamos á esplicarnos cómo subsiste una educación que tiene tan profundos vicios.

Sin embargo, las madres y los maridos se quejan de la falta de un buen sistema de educación y á pesar de tales clamores nadie trata de ser el primero que introduzca una reforma conveniente; nadie se atreve á dar el primer paso; todos temen combatir la preocupación.

II.

¿Cuáles son las ideas que han de dominar en nuestra existencia? Las de la familia y el deber, en sus amplias acepciones. Pues bien; desde niños acostumbrémonos á ellas y ganaremos indudablemente. Aplicando este raciocinio á las jóvenes veremos que en nada se cumple lo que acabamos de indicar. La mujer cifra su porvenir en el matrimonio; y las madres ¿se ocupan acaso de instruir las para

que no se equivoquen en la eleccion de esposos? Sin duda respondereis que no.

¿Qué madre se atreveria á descorrer ante los ojos de su hija lo grande del amor verdadero? ¡Raro contrasentido! La jóven vive para los placeres mundanos que tienen infinitos peligros; su madre la lleva al teatro, á la reunion, al baile; la deja en los brazos del primer desconocido, y no se atreve á abrir su alma á un amor sagrado. El perjuicio de esta ignorancia y de aquella libertad es inmenso, al paso que es inmensa tambien la ventaja de la instruccion que deseamos. Los consejos de una madre y sus palabras acerca del amor en el matrimonio y de las obligaciones de la mujer casada desenvuelven en las jóvenes los sentimientos puros del alma, y mientras que las hacen aptas para aquel amor les inspiran el desprecio y la desconfianza á las pasiones que solo turban los sentidos.

La madre habla á su hija del mundo y de los peligros que pueden amenazarla; le aconseja que sea precavida; la exorta á estar vigilante, y por una reserva mal entendida le oculta el peligro. Un exage-

rado pudor la condena á la ignorancia mas completa, hasta que la edad ó el trato con amigas ó personas estrañas le hace ver lo que su madre ha procurado ocultarle, mas con la diferencia de que la enseñanza que ofrece el mundo es menos sana.

La mujer necesita una virtud casi heroica para salir vencedora en las luchas del mundo. Este en su fantasmagoría siempre creciente la deslumbra y seduce, y la jóven ha de tener mucho valor y mucha firmeza para triunfar de tantos deslumbramientos. Una idea es una falta, y la mujer que quiere conservar la pureza de su alma debe preservarse del mundo, refugiándose en el pensamiento de sus obligaciones como en un santuario inviolable.

En la sociedad atraen millares de objetos distintos y para sustraerse de su mala influencia solo veo un medio; *el hogar*.

Pero no todas las mujeres están educadas para la familia y el hogar. La mayor parte, ricas ó pobres, reciben una educación que las hace ambicionar el ruido

del mundo que hay fuera de su casa, y esa tendencia, impregnada en casi todas las mujeres, ha de obrar en perjuicio de la tranquilidad doméstica. Hé aquí la razón por qué la jóven debe ser educada para la familia, entendiendo que esta familia ha de ser la que pueda estar á su cargo algun dia. Acostumbrada la niña á su casa y no al mundo, claro es que no echará de menos unos placeres que desconoce.

Una de las ideas que nuestra educacion inspira á la mujer es la del lujo, como uno de los medios de admirar á los hombres; mas este sistema de atraccion produce resultados opuestos. Cualquier hombre que mira uno de esos figurines vivientes cuyo adorno mas insignificante cuesta una fortuna, tiembla ante el porvenir de un matrimonio. Hoy la vida es muy cara y para el casado lo es mas aun, si tiene que sostener el lujo á que se hallan acostumbradas la mayoría de las jóvenes. Este hombre necesita un capital enorme para resistir tantos y tan crecientes gastos; porque todo es lujo y apariencia. Lujo en la casa, en el vestir y en el

trato social. La emulacion vergonzosa de la apariencia ha tomado un incremento horrible, y esta locura la pagan los padres cuando sus hijas son solteras y los maridos cuando casadas. No estrañemos, pues, el deseo que tienen los padres por colocar á las jóvenes. Al mismo tiempo, se observa que ese lujo insensato hace desgraciadas á muchas mujeres que le sacrifican hasta su honra.

III.

La mayor parte de los matrimonios actuales son un negocio en que entra por mucho el cálculo, pero raras veces representa la union de dos almas, de dos voluntades. La felicidad en el mundo es una quimera; la felicidad no existe, mas el individuo puede dulcificar las horas de su vida rodeándose de los medios que necesita para su contento. Nuestro tránsito por la tierra es corto, y si la criatura no procura pasar tranquilos los pocos dias que le concede el cielo ¿qué hacer? Hé aquí el

pensamiento que debieran abrigar las madres de familia cuando se trata del porvenir de sus hijas. Por otra parte; se observa que muchos casamientos verificados con las mejores condiciones suelen ser desgraciados; y si esto sucede cuando el amor anterior y las aspiraciones de los amantes hacian esperar lo contrario ¿qué no sucederá en una union donde no entran por nada el amor ni la voluntad? Naturalmente hay en tales casos probabilidades de que los esposos sean desgraciados, advirtiéndolo que llamo desgracia á la union de dos seres entre los cuales no existe otro lazo que el de la *conveniencia social*. Nada importa que las fórmulas de buena educacion se conserven siempre; nada importa que dichas criaturas cumplan sus deberes sin faltarse jamás. Sobre todo eso hay una cosa mas noble y elevada y que ocupa el lugar preferente; el alma, el amor. ¿Qué importa la felicidad aparente si no hallamos la union de las almas? Dios no estableció en el matrimonio la *conveniencia*, sino el amor. El matrimonio simbólico de Cristo con su iglesia es desinteresado.—Te amo porque no

puedo menos de amarte.—Tal es este sacramento; y la madre que lo prostituye, no tiene creencias, ni religion, ni amor á sus hijos.

Sucede con frecuencia que los padres se ocupan mucho de la suerte de las niñas y en este concepto, no vacilan en asegurarles un porvenir que pudiera ser dudoso ó triste si la muerte arrebatase á las jóvenes el amparo de sus padres. Consideraciones, respeto, seguridad; todo lo ofrece el matrimonio á la mujer, mientras que si permanece soltera y huérfana el mundo la rodea de mil peligros. Cierto; y hasta aquí alabamos el cuidado paterno; pero tan tierno afán ha dado origen á una ambicion, que quisiéramos ver desaparecer de la sociedad.

No basta á la madre proporcionar á su hija una colocacion matrimonial adecuada á su clase y posicion, sino que ambiéiona un *marido rico*. Ser rico equivale á poseer la felicidad, luego el hombre rico hace feliz á su esposa; calculo erróneo en verdad, porque Dios en su justicia todo lo compensa y si prodiga los bienes fáciles es que arrebate al opulento algo de su tran-

quilidad. Y así es en efecto; pocos matrimonios son felices como haya presidido á su enlace el interés y no el amor; pocas jóvenes de las casadas con miras ambiciosas son buenas esposas, en la profunda acepción de la palabra; en la fé del pensamiento; digámoslo así; y pocas de estas jóvenes son buenas madres de familia.

IV.

La mujer llega generalmente al matrimonio ignorante de lo que es el nuevo estado que abraza. Sus padres nunca la habían instruido en sus futuros deberes, aunque despertaron en ella ciertas pasiones como la vanidad, el finjimiento y el cálculo materialista.

La mujer nace para el amor y el matrimonio. La madre ha de educar necesariamente á su hija para ambas cosas. El marido no suele ocuparse de iniciar á su esposa en las obligaciones de su estado y acaso sea esta una de las causas que hacen imperfecto el matrimonio. Inspirad, madres, á vuestras hijas el amor como base

de la familia. No el amor tal cual se considera generalmente; esto es, como un pasatiempo, sino el amor del alma, revelacion de lo infinito y de lo bello, que engrandece y santifica porque ama lo noble y lo puro.

Las madres tienen un deber sagrado que cumplir en la tierra. Su mision es elevadísima y para llenarla fielmente necesitan trabajar mucho. No es un asunto superficial el de la educacion. Si las hijas han de ser honradas, buenas esposas y á su vez buenas madres es preciso que hayan recibido una educacion sólida y cristiana. No bastan los sentimientos puros y amorosos de una madre; es necesario un juicio recto y un interés infinito. La ignorancia y la preocupacion se oponen á la felicidad.

¡Madres, aprended! Tomad consejos; ilustraos en los puntos dudosos; despreciad la conveniencia y habreis ganado mucho; y llenareis vuestra mision y ¡sereis madres!

perdurable que espere nuestra historia y
sin cuyos elementos el hombre pasaria en
bre la tierra sin dejar en pos de sí ni
alguna de su existencia.

de la familia. No el animal cual se con-
 sidera generalmente esto es, como un
 pasatiempo, sino el amor del alma, que se
 inclina de lo infinito y de lo bello, que
 enarborea y santifica porque ama lo
 bello y bueno. Si se careciera de lo
 bello, las madres tienen un deber sagrado
 que cumplir en la tierra. Su misión es
 elevarlas y para llevarlas firmemente no-
 cesitan trabajar mucho. No es un asunto
 superficial el de la educación. Si las hijas
 han de ser honradas, buenas esposas y á
 su vez buenas madres es preciso que las
 y en recibida una educación sólida y cris-
 tiana. No bastan los sentimientos, unos
 y otros de un instante, es necesario que
 inicie desde un interés íntimo. La igre-
 nómica y la recepción se oponen á su
 felicidad.

Madres queridas! Ponedos á
 trabajar en los puntos dados; despreciad el
 confort y el bienestar cuando tenéis que
 honrar vuestro hijo y seros madres
 y obedeciendo las reglas del mundo
 tened que estar así de una manera
 sencilla, sencilla, sencilla, sencilla,
 sencilla como la vida eterna y la

La mujer considerada en la familia.

No vamos á tratar de la mujer bajo el punto de vista de su hermosura, ni tampoco vamos á retratarla como lo han hecho tantos otros escritores que formando una preciosa diadema de flores han idealizado el sexo de nuestras madres, limitando á estos sus aspiraciones.

Nuestro estudio abarca un horizonte mas amplio, puesto que dirigiremos una mirada á la familia considerándola como la base de la sociedad, como el centinela avanzado de la civilizacion, como el eco perdurable que repite nuestra historia y sin cuyos elementos el hombre pasaría sobre la tierra sin dejar en pos de sí rastro alguno de su existencia.

Una de las conquistas mas poderosas del cristianismo es indudablemente la *familia*, pues el cristianismo con sus maravillosas doctrinas rescató á la mujer, y en su consecuencia colocó la primera piedra que debia servir de base á la organizacion del hogar.

Si dirigimos una mirada á las antiguas legislaciones, observaremos aun á primera vista que en casi todas ellas la mujer vive ignorante.

Grecia, santuario de la civilizacion, ofrece este triste ejemplo. A escepcion de Atenas, la mujer parece en las demás partes condenada á un retiro forzoso donde consume su existencia, dedicada á ciertos trabajos manuales. Si se casa, lo hace muchas veces obedeciendo á la voluntad paterna, pues no le es permitido dar su consentimiento, y llega á tal extremo la especie de servidumbre que gravita sobre esta desgraciada, que cuando tiene hijos queda sometida á su tutela de igual modo que á la de su marido.

Roma, señora del mundo, presenta en su historia una triste gradacion. En un principio, si bien la ignorancia es harto

sensible, como acontece en todo pueblo primitivo, el respeto hácia la mujer era notable. Se le guardaba toda suerte de consideraciones y el sexo de la debilidad imperaba como dueño poderoso. Sin embargo, las costumbres degeneran á través de los años, y aquella sociedad que habia elevado á la mujer al apogeo de su grandeza, la olvida luego, sin comprender en su ceguera que la mujer, reflejo del hombre, imprime necesariamente á las sociedades el carácter de que aquel se halla revestido.

El divorcio viene á constituirse en enemigo de la familia, hasta el punto de que basta el mas ligero pretesto para romper sus lazos.

Tan exageradas ideas, produjeron como era consiguiente, males inmensos. La poblacion se aminora en términos tales, que bien pronto creyóse en la ruina de la nacion, y para evitar un desastroso desenlace, es preciso recompensar á los matrimonios que tenian muchos hijos, dictándose ya en tiempo de Augusto diversas leyes, que mientras favorecian á los matrimonios castigaban á los célibes.

Con estas condiciones no es difícil presumir cuál fuese el estado de un pueblo en cuya institución más ideal no ocupaba puesto alguno la pura esencia del matrimonio, el santo amor de la familia, pues si bien es cierto que en medio de aquella sociedad envilecida aparecían á veces ejemplos de sentimientos elevados, confesemos que solo deben considerarse como raras excepciones.

Si á la manera de Grecia y Roma analizamos algún tanto la situación de otros países de la antigüedad, hallaremos en los despojos de sus decrepitas civilizaciones la misma huella del servilismo, análoga configuración en el organismo de esos pueblos.

Y era natural que sucediese así: cuando la mujer es considerada como *cosa* y no como *mujer*, las consecuencias de esta aberración refluyen á la sociedad que de tal modo la juzga.

La ligera investigación que hemos hecho de la antigüedad, es bastante para darnos á conocer la importancia de la familia. Los esfuerzos de la edad moderna deben encaminarse á constituirla defini-

tivamente para que á su amparo se realice la obra de la civilización.

Por desgracia, y en medio de la época que alcanzamos y á pesar de los adelantos incuestionables que poseemos, obsérvase un triste fenómeno digno de fijar la atención.

El matrimonio, elemento de civilización, es considerado como uno de tantos *negocios*, y en consecuencia pierde su carácter elevado, su magestad sagrada.

¡Contrasentido monstruoso!—El matrimonio convertido en asunto de conveniencia, en detalle de la vida, siendo así que es el santuario donde se guardan las virtudes de la humanidad y de donde sale el porvenir de los pueblos.

Oigamos cómo se espresa un distinguido orador al examinar el matrimonio en sus exactas condiciones.

—«El matrimonio ha tenido (dice) consentimiento íntimo, esto es, simpatía recíproca; aspiración de dos amantes uno hácia el otro... Es una familia la que se vá á fundar; es la alianza de dos criaturas libres que se asocian para perfeccionarse por la ternura, por el amor.»



— Este primer momento es luminoso y el hombre toca al infinito.—Hasta entónces su padre y su madre lo han sido todo para él. Ha recibido del padre la energía, el honor... Debe á su madre su ternura de corazón, su entusiasmo... A entrambos, si su familia ha sido una familia, debe cuanto es.

« Pero vedlo fuera de la casa de su juventud... Es preciso que cree, á su vez. Y antes de educar á sus hijos necesita educar á su mujer, instruirla, hacerla suya y merecer con sus esfuerzos de todos los dias poseer aquel orgullo, aquella voluntad, aquel poder.»

Hasta aquí el autor citado. Véase cuál es, aunque en brevisimo compendio, la obra del matrimonio respecto al hombre. Obra de iniciacion perdurable, si bien no han faltado ciertos espíritus que juzguen muy limitado aquel trabajo, teniendo en cuenta que á la mujer le basta para cumplir su mision las condiciones de bondad y de dulzura suficientes á constituirla en amable compañera de su marido.

— Séanos licito pensar de distinto modo. — Si queremos que el matrimonio realice

su mision civilizadora, hagamos que la mujer se eleve á la altura del hombre: de otro modo la comunion de ideas, la reciprocidad de armonía que reclama aquel sacramento, será un sueño y nada mas.

Un error sensible se observa en nuestra sociedad, relativamente á este punto. La vida *inteligente* de los dos sexos es distinta por completo: de dia en dia la diferencia que indicamos acrece en términos alarmantes. Entre la mujer y el hombre media un abismo profundo. Las preocupaciones, la moda y una série nada exigua de circunstancias, contribuyen á debilitar los lazos de la familia.

Mañana ¿quién sabe cuál pueda ser el porvenir reservado á nuestra sociedad?

Estréchense las distancias; destrúyase la fria indiferencia que se nota en el hogar, y el problema estará resuelto favorablemente.

¿Por qué hacer dos vidas de la existencia del matrimonio?

Horrible peligro.—La mujer aislada, sola. El hombre solo tambien y entre ambos el vacio del alma, mientras que los carac-



teres de los esposos, léjos de fundirse en un todo unísono, giran en esferas diferentes para mostrarse con sus respectivos defectos, que de otro modo habrían de desaparecer ante la acción benéfica de un amor íntimo, de una confianza profunda, testimonios de la verdadera fusión de las almas.

Mas desgraciadamente la sociedad contemporánea, acaso poco afecta á la cuestión *espiritual*, descuida las precedentes necesidades y esta es la causa de que en la vida conyugal se deslice con demasiada frecuencia la desunión, primer peldaño de la desgracia del matrimonio.

¡Incomprensible misterio! ¡Romper la cadena que enlaza á la mujer con el hombre; hacer imperfecta la buena obra de la civilización; transformar en párias del hogar á dos seres creados para completarse mutuamente!

El hombre, nacido para las luchas del mundo, para el trabajo, para el trato con los demás hombres, necesita hallar en su familia las cualidades que á él le faltan: por eso la mujer es la llamada á la representación de la vida del hogar, á los pequeños trabajos, al gobierno de la casa



De este modo se completa la existencia: en el caso contrario siempre hay un *algo* imposible de alcanzar.

Pero el absurdo ha llegado á adquirir proporciones alarmantes. La mujer constituida en el matrimonio parece en nuestro siglo como apartada del mundo que se forma á su alrededor.

¿Por qué ha de sorprendernos luego que la familia no haya alcanzado la grandeza que merece?—Elevemos el alma de la mujer; inspirémosle la idea de sus deberes y es indudable que la familia aparecerá revestida del carácter moral que la diviniza cuando se halla asentada sobre legítimos cimientos.

El pensamiento regenerador de la humanidad tiene su origen y su esperanza en la familia; esto es, en la doble luz de la mujer y el hombre.—El desarrollo constante de sus facultades; la íntima y santa union del matrimonio; el enlace armónico de sus fuerzas simbolizan la fé y el porvenir.

Dados estos elementos construyamos el edificio. La sociedad espera la hora de su redencion.

De este modo se completa la existencia
 en el caso contrario siempre que no sea
 imposible de alcanzar. En el caso de
 Pasa el tiempo en la vida de algunas
 proporciones diferentes de las que
 fluyen en el sustitución para en un
 no solo como medida del mundo que se
 forma en un momento determinado.
 El que se ha de supervenir luego que
 la familia se haya formado la gran
 que surge. Ello es el caso de la mu-
 jer, que es el caso de la vida de la
 es indudable que la familia representa
 vea la del carácter moral que la distin-
 guido en parte de las otras familias
 que se forman en el mundo.
 El pensamiento representado de la mu-
 jidad tiene su origen en la separación
 en la familia, que es en la doble, la
 la mujer y el hombre. El desarrollo con-
 tado de sus facultades la interna y ex-
 terna del matrimonio, el cual es un
 de sus fuerzas simbólicas de la vida
 que se forma en el mundo.
 Tado es el caso de algunas circunstancias
 que se forman en la vida de la mu-
 jidad.

ENSEÑANZA POPULAR.

I.

La libertad, la ciencia y la religion.

El soplo divino de la libertad que germina en todas las almas, al iniciarse en los pueblos por medio de evoluciones sublimes, dice bien claro que el individuo obedece á una necesidad imperiosa, á la aspiracion de un perfeccionamiento, fin supremo del ideal humano.

Para que las grandes conquistas de la libertad no sean infructuosas, para que las legítimas aspiraciones del mundo civilizado no sean un sueño, preciso es que la primera y principal manifestacion de los

pueblos libres tenga por traduccion y símbolo una palabra: *Instruccion*.

Las naciones que en la época presente marchan á la cabeza de las demás naciones se distinguen, sobre todo, por la sed de ciencia que las domina, por el vértigo que las lleva en pos de lo desconocido; siendo lo desconocido la *ciencia* en todas sus fases ó lo que es igual, la destruccion de la ignorancia por el cultivo de la inteligencia.

El pueblo profesa la idea de que la instruccion es el mas poderoso elemento de su fuerza.

Esto es cierto; pero desgraciadamente hay en las sociedades modernas una secta que al proclamar la instruccion da un lugar demasiado preferente á las ciencias positivas (digámoslo así), olvidando que por mucha que sea la instruccion del pueblo no cumplirá nunca su providencial mision civilizadora mientras no comprenda que la energía individual, desarrollada con la enseñanza, debe aspirar ante todo á la posesion de la virtud y la justicia.

Asi como la ignorancia es una fuerza negativa que en vez de iluminar oscure-

ce, así también la enseñanza materialista solo sirve para conquistar bienes efímeros, sin conseguir nunca dar al individuo el desarrollo moral, primer distintivo del hombre civilizado.

No basta, repetimos, la instrucción científica aislada. No es ella la que disipa la sombra de la ignorancia.

Para que la obra sea completa es preciso que el rayo de ilustración que vivifica la inteligencia derrame su luz en el alma; y entonces, purificada está á la vez que ha sido iluminada la razón, entonces empieza la verdadera vida para los pueblos sábios.

¿De qué servirían las ciencias materialistas si el hombre olvidase el lazo íntimo que une la tierra con el cielo, la criatura con su Dios?

Inútiles serían los esfuerzos de la enseñanza, puesto que la criatura humana, desconociendo que su misión encierra una admirable duplicidad, la relativa al orden moral y la relativa al orden material, rompería el vínculo religioso para dar lugar á la barbarie; barbarie ridícula, vestida de ilustración.

Vivir sin esperanza (la esperanza de lo infinito, que es Dios) es vivir la existencia de los irracionales.—La moral, indispensable para el porvenir de las naciones, sería una quimera sin el principio religioso y la historia, elocuente en sus páginas, ratifica nuestro aserto.

La locomotora y el telégrafo que cruzan nuestros campos son, á no dudarlo, grandiosas manifestaciones del siglo XIX; mas no bastan los elementos que poseemos, para edificar un mundo sobre los despojos de otro mundo.

Volved los ojos á los siglos en que parecía muerto el sentimiento religioso. ¿Qué veis? Sombras y nada mas.....

Tened fé; elevad para vosotros y vuestros hijos la ciencia religiosa y comprenderéis la dignidad del hombre y respetareis á vuestros hermanos, en quienes brilla el mismo soplo de divinidad que Dios ha concedido á vuestra alma.

Hé aquí explicado por qué *todos los hombres son hermanos*.

Si alguna vez la religion se os ha presentado como opresora, no ha sido culpa suya; sinó de un error debido quizá á la

interpretacion falsa que hayan podido prestarle sus representantes. Demos á la religion *una moral completa* y cesará todo error.

Saludemos la ciencia que tiene por base de su programa el instinto religioso. Desdénemos la sabiduria equivocada que solo aspira á un positivismo raquíptico y miserable.

Hijos del pueblo, despreciad los mentidos apóstoles que intentan ilustrar vuestra razon olvidando el alma.

Ellos os degradan porque os dicen: *Mirad á la tierra*, en vez de deciros: *Mirad al cielo*.

¿Qué encontráis en la tierra?

Nada.

¿Y en el cielo?

Todo.

¿Teneis madres? ¿Teneis hijos? ¿Qué sentisteis cuando vuestra madre os enseñaba á orar? ¿Qué sentis cuando vuestra esposa enseña á orar á vuestros hijos?

No lo digais; lo adivinamos demasiado.

¿Es verdad que somos hermanos?

Si lo comprendeis así, contestareis con

la mano sobre vuestra conciencia.

¡Eso significa que creéis en Dios.

La libertad es la aspiración de lo infinito.

¡Lo infinito es Dios!

¡La libertad es Dios!

¡Bendita sea la libertad!

II.

La Patria.

Enemigos por naturaleza de toda fraseología pomposa; enemigos de pronunciar continuamente ciertos nombres sagrados que deben tener un respetuoso culto en el alma, solo los emiten nuestros labios en circunstancias precisas, porque creemos que los grandes nombres suelen perder algo de su belleza, suelen evaporarse al subir del corazón á la boca.

Hay nombres que encierran un poema y el que va á ocuparnos pertenece á esta clase. Este nombre es la PATRIA. La patria, el

compendio de las aspiraciones humanas; el símbolo de los amores; la revelación de las más dulces esperanzas; el hogar, en fin, la familia, el individuo.....

— *Amamos, (dice un autor) á nuestros padres, á nuestros hijos, á nuestros prójimos, á nuestros amigos: la patria resume en sí todas nuestras afecciones.*

¿Comprendéis ahora lo que significa la palabra patria? Sin duda lo comprendéis. Pero, seamos francos: en muchas ocasiones el hombre olvida lo que debe á su patria y de ese olvido criminal resultan las sangrientas luchas que manchan el suelo de las naciones.

Los deberes del hombre hácia su patria no se reducen al amor; abrigan multitud de ideas, y si una de ellas falta, el hombre deja de ser buen ciudadano. El modelo del buen ciudadano lo vemos en Washington, fundador de la libertad en los Estados- Unidos; guerrero y hombre político, practicaba todas las virtudes cívicas. Las colonias americanas yacían bajo el yugo de Inglaterra y aliadas para combatir á su enemigo, Washington, á la cabeza de aquellos valientes patricios derrota el poder opresor

y eleva sobre los restos de la esclavitud la república de la libertad.

¡Ejemplo sublime, digno de eterna admiración!

— *Cuando se trata de servir á la pátria todas nuestras enemistades deben cesar, todas nuestras afecciones deben callarse: el hombre desaparece y solo queda el ciudadano.*

Hé aquí, segun un publicista, el verdadero modo de comprender el amor á la pátria, representado en la union de pensamientos y de aspiraciones. El hombre nada ha de ambicionar para sí; todo para sus hermanos; tal es, en nuestro concepto, la práctica mas admirable de las virtudes cívicas.

Al nombre de la pátria en peligro, Geneveva, débil muger, arenga al pueblo de Paris, reanima sus esperanzas y aquellos hombres temerosos momentos ántes, aprés-tanse á luchar y al feroz Attila, el bárbaro rey de los hunos retrocede á la vista de la ciudad que parece desafiar sus iras.

Sócrates, injustamente condenado por su pátria, en vez de maldecirla, se contenta con decir:

—*Si mi patria me condena injustamente, yo no tengo derecho á ultrajarla.*»

Hipócrates, espone su vida para salvar á su patria aflijida por la epidemia y sin titubear corre al peligro, diciendo: *Mis compatriotas están en peligro, y debo sacrificarme por ellos.*

En el siglo XIII la república de Génova se hallaba dividida en dos bandos que ensangrentaban continuamente el suelo de aquella tierra infortunada: mashé aquí que los pisanos declaran la guerra á los genoveses, y entonces, olvidando las enemistades interiores, todos los ciudadanos se unen para oponer juntos sus fuerzas al enemigo comun.

Phocion moribundo, desprecia las ofensas de que fué víctima por sus ingratos conciudadanos y amante fiel de la patria, su último voto es recomendarla á su hijo.

Pero ¿á qué continuar? El catálogo de hechos memorables en beneficio de la patria son infinitos, y todos vienen á demostrar que la patria necesita siempre del apoyo de sus hijos unidos. ¡Desgraciado el pueblo que conspira contra su suelo nativo! ¡Desgraciado el pueblo donde las ideas

subdivididas considerablemente, no permiten llegar á la unificación de miras, que tanto han menester las naciones todas.

III.

Los deberes.

«Todo por el pueblo y para el pueblo.»

Hé aquí el principio que debe profesar el hombre honrado, y que mas en armonía se halla con las ideas del verdadero progreso, puesto que este es la revelacion de la fraternidad universal.

Todo por el pueblo y para el pueblo: admirable confesión que viene á romper antiguas preocupaciones y poderosas barreras, para practicar hasta un grado altísimo la encantadora moral del evangelio.

Pero ¿qué lazo ha de unir á los hombres todos para que nuestras palabras no se limiten á ser una de tantas bellas teorías, sino una práctica consoladora? Solo vemos uno; el *deber*. El deber, que armonizando las

distintas ideas del individuo en beneficio del individuo, ha creado las sociedades, ha dado origen á fabulosas hazañas, y sostiene finalmente la asombrosa máquina de los pueblos, firme y en movimiento productivo, sin que puedan hacerla vacilar los profundos vaivenes que las revoluciones imprimen á los diversos países.

Enseñad al hombre sus deberes, seguid que tengan un culto en su alma y poseeréis elementos positivos para llevar á cabo las obras sublimes que el ingenio humano produce en el transcurso de los siglos.

No digáis que aun prescindiendo del deber el hombre es susceptible de producir. Verdaderamente produce; pero ¿qué importan sus productos si carecen del pensamiento de un bien, si les falta la inspiración fraternal que lleva á la criatura civilizada á trabajar por sus conciudadanos?

La verdad os hará libres; dice la Biblia. Cierto; y nosotros añadimos: Luego el deber os hará libres también.

Parece, no obstante, que determinadas personas anhelan con mas afán conocer sus derechos que sus deberes. ¿Por qué seme-

jante deseo? ¿Será acaso que el egoismo humano prefiere lo que alhaga á lo que molesta? Convengamos en que la predileccion indicada hácia los derechos y el descuido, siquiera momentáneo, hácia las obligaciones, únicamente puede ser consecuencia de la ignorancia, porque fácil es observar la union íntima que hay entre las dos ideas, *derecho* y *deber*: ninguna de ellas puede existir sin la otra, y la práctica de la una supone la satisfaccion de la otra. Partiendo del principio de sociabilidad, inherente al hombre, hallamos á primera vista que todo individuo á la vez que tiene un derecho, cumple un deber, reciprocidad necesaria que mantiene las relaciones entre los pueblos. Conviene, pues, olvidar toda repugnancia para cumplir las obligaciones, teniendo al mismo tiempo menos exigencias en la satisfaccion de los derechos que reclamamos.

Los deberes se desarrollan y multiplican segun las diferentes fases que la civilizacion imprime á las naciones. La primitiva sociedad, reducida á un pequeño número de individuos cuyas necesidades

eran asimismo en extremo exiguas, no podía exigir al hombre las obligaciones que hoy le exige. Han transcurrido los siglos y en la época moderna vemos con asombro las múltiples manifestaciones que ha tomado el deber, como resultado de un perfeccionamiento esquisito y progresivo. Mas si por una parte los numerosos deberes que la sociedad impone al hombre según su estado ó condición pueden parecer una carga molesta, por otra hallamos que extendido prodigiosamente el círculo de nuestras aspiraciones, reclamamos sin temor los derechos que la Providencia nos ha concedido y que las instituciones modernas han sancionado, dando al hombre el lugar preferente que Dios le señaló entre los seres del universo.

Mirada á las aldeas.

EL CURA.

Entre los elementos conservadores de las buenas costumbres que cuentan las sociedades, hay uno, creacion bellisima, encarnacion sublime de la divinidad, y que por lo tanto es dificil que reuna todas las perfecciones que exige su ministerio.—El cura.—El influjo que ejerce en los pueblos es muy poderoso, y en estas líneas trataremos de bosquejar algunos de sus deberes.

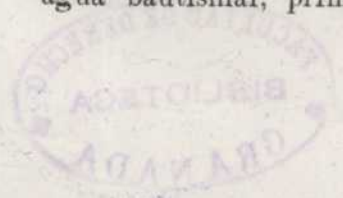
La civilizacion religiosa es su principal objeto y para conseguirla necesita virtudes escelentes; necesita ser compasivo, dulce, humilde, sufrido, bienhechor. Necesita ser padre de todos los hombres;



ampararlos y socorrerlos; dar el pan al hambriento; el consejo al extraviado; la luz de la verdad al ignorante; pues el sacerdote siendo un hombre aislado, pertenece á todos los hombres porque se llaman sus hijos, y su corazon cual manantial inagotable encierra el puro rocío que dulcifica los dolores; y de sus lábios emanan palabras celestiales que cauterizan las llagas de la vida.

El cura es en la tierra la imágen de Jesucristo; por eso debe estar adornado de las cualidades que adornaban al divino Maestro; por eso ha de vivir aislado en medio de la sociedad, pobre en medio de la riqueza, tranquilo en medio del bulli-
cio; sacrificándose desinteresadamente por los demás hombres sin aspirar á ninguna recompensa, sin alabarse de sus sacrificios y sin exalar por ellos una queja ni un suspiro.

Si en sus pesares y en sus alegrías, en sus desgracias y en sus venturas llama el hombre á la puerta del Ministro de Dios, ha de encontrarlo dispuesto á prestarle su benéfico auxilio; ya sea para derramar el agua bautismal, primera manifestacion



del cristianismo, sobre la cabeza del recién nacido; ya para bendecir en nombre del cielo la union de dos vidas, de dos almas, ó para administrar los santos óleos al moribundo.

El sacerdote representa el principio y el fin de las cosas humanas; la nada y la eternidad; lo finito y lo infinito; en una palabra, dos polos opuestos sábiamente armonizados. Supuestas las condiciones que preceden, observemos sus resultados. El niño, ese anillo que enlaza por su inocencia á la criatura con el Creador; á la humanidad con su Dios; ese sér consuelo de los ancianos, puesto que los hace vislumbrar la gracia eterna; alegría de los jóvenes, porque en su candor ven retratada la pureza de los ángeles; el niño, decimos, además de las lecciones que recibe en la escuela del pueblo, se acostumbra desde sus primeros años á oír los consejos del pastor que corrige sus pequeños defectos y lo guía por el camino de la honradez. En la iglesia escucha asimismo su voz cuando predica á los fieles, y aquella voz dulce, grave y cariñosa, llena de bondad y sencilla elocuencia, es muy poderosa para grabar



en su espíritu las sagradas máximas de amor y de virtud que enseña. El respeto con que todo el mundo mira al sacerdote; las simpatías que de todos se atrae, son igualmente causas de que el niño siguiendo el ejemplo de las personas que lo rodean, respete y ame al sacerdote....

Ved esa pobre jóven cómo llora, sola y triste, presa quizá de alguna desgracia que hiere su corazón. En vano sus amigos, ni aun su propia madre, han podido averiguar la causa de su amargura. La afligida niña de todos desconfía; á todos teme confesar el dolor de su alma. Solo una persona existe á quien puede abrir su pecho. Una que mejor que nadie le dará un consuelo piadoso, y á ella se dirige. No vacila, no tiembla; la confianza le dá ánimo, por que sabe que vá á oír palabras de esperanza, que calmarán sus pesares y enjugarán su llanto. Es el cura; él siempre afable, siempre bondadoso y pronto á perdonar.

No sea crea que hay exageracion en este cuadro. Por eso nos atrevemos á recomendar el mayor esmero en la eleccion de ministros para las aldeas. Si grande es la importancia y la influencia del sacerdote



en las ciudades, es sin embargo, mucho mayor la que ejerce en los pueblos. En aquellas hay medios de buena instrucción moral y religiosa independientes del clero, mientras que en las aldeas, por el contrario, se derivan exclusivamente del cura. — Este en la aldea tiene mas á la vista el mal y el bien, y puede mas fácilmente combatir el primero y propagar la práctica del segundo; porque de los magníficos espectáculos de la naturaleza que vé ante sí continuámente, puede sacar lecciones provechosas. La naturaleza espléndida, rica, con sus magestuosas armonías, despliega á los ojos del hombre sus mil encantos, y el hombre admirado, confundido, se prostra humilde ante los misterios de la creación.

¡Qué bellas páginas de moral mas sublimes para el que sabe descifrarlas; para el que sabe interpretar el libro de la creación!

Por otra parte; el móvil principal, el primer elemento de quien debe partir el orden y las buenas costumbres es el cura.

Todas las miradas están fijas en él, y su

mal ejemplo puede ser motivo de funestas desgracias...

Una madre se ha separado de su hijo. La infeliz muger no sabe escribir, y recibe una carta del hijo de su amor.—¿Cómo leerla?—¿Cómo contestarla?—Ella no sabe hacer ni una cosa ni otra, pero hay en el pueblo personas que la ayudarán. Sin embargo, á nadie quiere confiar la lectura de la carta, y menos todavía la respuesta que su corazón prepara á su hijo. Una persona puede descifrar los caracteres que la madre no comprende, y puede al mismo tiempo transmitir al papel sus pensamientos. A ella vá, y gozosa de alegría saca del pecho su precioso manuscrito. Por fin oye cuanto le dice su hijo, y oye también la respuesta que hace escribir. El cura se encargó de ambas cosas...

El sol vá á ocultarse entre las lejanas cumbres de la montaña. Es la hora del crepúsculo.

Los labradores de los campos vuelven á su hogar, de donde ven elevarse oscuras espirales de humo, símbolo cierto de que un ser amado vela por ellos y aguarda impaciente su llegada.

Los aldeanos cansados, pero contentos, llegan á su aldea con la paz en el corazon y la alegría en el semblante; mas á la entrada del pueblo hieren sus oidos los metálicos ecos de una campana... Es el toque de oraciones.

— ¡La oracion! murmuran todos, y descubriendo la cabeza con santa veneracion, quedan inmóviles, fijos los ojos en la inmensidad y entonando un rezo de misericordia al Señor, mientras se pierden en los espacios las melancólicas voces de la campana, que se elevan sobre todo lo humano y pequeño, como para dar á conocer que la religion se eleva siempre sobre todos los pensamientos, sobre todas las grandezas, sobre todas las miserias del mundo.

¡Qué cuadro mas tierno, mas sencillo y á la vez mas sublime, ver la multitud silenciosa, inmóvil y abstraída en un solo pensamiento, pero en un pensamiento divino que eleva sus almas á las invisibles regiones de la eternidad! El débil anciano descubre con respeto su cabeza donde blanquea la nieve de muchos inviernos. El jóven vigoroso deja ver su poderosa

frente, y hasta el pequeño niño sin comprender apenas lo que advierte, imita el ejemplo del anciano y del joven, y poseído quizá de una impresión indefinible, siente vagar su espíritu en la pura atmósfera de sus sueños inocentes.

¿Y quién ha enseñado á los aldeanos á descubrir su cabeza en esta hora solemne? ¿Quién los ha enseñado á entonar un rezo de gracias al Señor de los cielos?— ¿Quién ha derramado en sus corazones los dulces sentimientos de amor, gratitud y respeto hácia nuestro divino padre?—El cura de la aldea.—¿Podremos negar ahora su influencia en las buenas costumbres y en la práctica de los actos religiosos, visto el cuadro que hemos presentado? Imposible.

Acaso hayan parecido demasiado *poéticas* las anteriores líneas, pero hemos querido hacer resaltar la verdad de lo que decíamos y para ello recurrimos á lo que todo el mundo puede observar continuamente en la vida de ciertos pueblos donde el sacerdote reúne las dotes necesarias para cumplir su ministerio.

Uno de los medios mas poderosos para

el desarrollo de los sentimientos cristianos de los pueblos, es sin duda la enseñanza en la iglesia de la doctrina y catecismo. Es por lo tanto muy conveniente que el cura de cada pueblo tenga en determinados días de la semana cátedra pública de religion, destinando unos días para la instruccion de niños y otros para la de adultos.

No creo necesario probar lo conveniente de esta práctica, ni sus buenos resultados. El respeto y la autoridad que lleva en sí la palabra del sacerdote son de mucho influjo para grabar en el corazon de los aldeanos las máximas de nuestra religion, que de este modo nunca se olvidan, antes al contrario, forman el pedestal sobre el que se eleva mas tarde el edificio de la educacion.

Que los curas de aldea tengan presente su mision, aplicándola al cargo que desempeñan; que se entreguen por completo y con verdadera caridad á la educacion religiosa de los campesinos; que no descuiden una ocasion ni un momento en derramar su saludable influencia, y veremos penetrar la civilizacion en los campos; y veremos á nuestros aldeanos libres de las tinie-

blas de la ignorancia que envuelven su corazón.

Difícil es la obra; grandes los obstáculos que se le oponen; pero mas grandes deben ser la fé y la caridad que alienten en su santo ejercicio á los Ministros del Señor.

La Lectura.

Desde el principio de los siglos resuena en el alma de los hombres una voz perdurable, símbolo de nuestro destino, que dice ¡adelante! . .

Ella ha transformado los usos, las costumbres, las civilizaciones. Ha creado pueblos ciudades. Ha fundado tronos y destruido imperios. Ha hecho, en fin, brotar santos y héroes.

En la cadena maravillosa de la historia universal la vemos impresa sobre cada eslabon; y el hombre tanto la graba en el umbral de la choza como en el frontispicio del palacio.

Lanzad una mirada á los primitivos tiempos del mundo y vereis que todas las criaturas llevan en sí el germen de una

civilización, de un perfeccionamiento continuo que lo mismo transforma al hombre que á los pueblos; necesidad imperiosa, aguijón vivísimo que lo oprime y tortura para arrancarle grandezas tras grandezas, invenciones y descubrimientos sorprendentes.

Esa palabra *adelante* es la llama que alumbró el revuelto caos de la existencia; ¡la armonía del universo!...

En vano reposa el hombre sobre los laureles de sus conquistas y sus victorias. La voz secreta de que hemos hablado le dice sin cesar.—Tu obra no está concluida. Aun debes trabajar! Anda, anda, anda!—Y el hombre cual el *Judio errante* de la tradición vuelve á caminar, pero no entre las sombras, como el maldito de Dios, sino entre torrentes de luz, y perfeccionándose y mejorándose á cada paso.

¡Cuántas bendiciones debemos dar al cielo que puso en nuestra alma el principio de la felicidad y la virtud!

Pero, lo repetimos; falta mucho por hacer. A medida que avanzamos en el progreso y la civilización, vemos surgir nuevas necesidades que parecen nacidas para

mantener en movimiento el espíritu de la humanidad.

La civilización lo mismo que el hombre, tiene su infancia y su juventud, y resbalando sobre el tiempo llega á la edad madura: pero si el hombre es mortal, si su existencia es la hoja que al otoño arrebatada un viento helado, no sucede así con las civilizaciones; estas son inmortales y todas las criaturas tienen obligación de trabajar por ellas. Que cada hombre añada un grano de arena al edificio de las civilizaciones y habrá llenado su destino en la tierra. En esa etapa de nuestro viaje á la eternidad que se llama mundo, trabajemos en vez de dormir, y los hombres venideros nos bendecirán; y al emprender nuestro implacable camino hácia la muerte, volveremos atrás el pensamiento con la conciencia de haber cumplido un deber.

Sin embargo; las civilizaciones han sido imperfectas hasta que el *libro* nació á luz.

El libro (y al decir el libro, decimos la lectura) es la palabra que no vuela, ni se evapora, sino que pasa á través de las generaciones y los mundos. Es la palabra viva, como el edificio es el pensamiento

vivo, pero con la ventaja sobre aquel, de que el edificio solo habla á un corto número de individuos, mientras que el libro es el lenguaje universal, el monumento que no envejece en los siglos; que no tiembla al impulso de los huracanes; que no se desmorona á las sacudidas de la tierra. Es la esencia de la idea; es el faro perpétuo colocado en los mares de la inteligencia humana...

Nosotros creemos ver en las frases de Jesus, *Dejad á los niños venir á mí*, una parábola de la enseñanza. Jesus era el verbo divino; el libro es el verbo humano. Jesus llamaba á los niños para que lo escuchasen; el libro llama á los ignorantes para que lo lean, para que aprendan la ciencia de la vida.

Queda, pues, demostrado que la lectura es una base poderosa de civilizacion; por consiguiente, á medida que aquella se desarrolle crecerá esta.

Ahora bien: ¿gozan todos los hombres los beneficios de la lectura y la enseñanza?—No.

Lancemos una mirada á los hombres de los campos y veremos que viven una

existencia oscura y limitada; existencia material en la que apenas toma parte el mundo del espíritu, y reflexionemos sobre la desgraciada suerte de esas criaturas.

Muchas personas responderán tal vez, que son felices en su ignorancia y que esta ignorancia es muy apropiado para conservar puros ciertos instintos de inocencia y buenas costumbres, pero fácilmente se comprende que esto es un sofisma.

El hombre no debe vivir ignorante. ¿Qué derecho hay para que millones de criaturas duerman el sueño de la ignorancia? Despertad esas inteligencias; hacedlas útiles para algo mas que el trabajo material de los campos; desarrollad ante esos seres los horizontes de la sana instruccion y dadles finalmente conocimientos adecuados á sus artes y oficios.

La ilustracion modifica el carácter, las costumbres, la vida. Desarrolla el amor á la familia, puesto que dá á conocer lo que debemos á esta. Enseña al hombre sus deberes hácia la sociedad y la patria. Enseña las instituciones sociales. Pone de manifiesto los vicios y los fundamentos políticos, y

arranca muchas preocupaciones que hacen á veces á la mayoría del pueblo defender una idea falsa, ó atacar un pensamiento noble y digno.

Sucedé tambien, que de las aldeas salen muchos obreros para los grandes centros de poblacion, y en ellos se convierten mas tarde en industriales útiles para si y para la sociedad si esta masa de operarios es instruida, al paso que si es ignorante ó se halla desmoralizada por su ignorancia misma, es en lugar de apoyo una plaga inmunda que guiada por mentidas ideas y locas ambiciones suele causar el trastorno de la nacion, como hemos visto en la historia de los paises.

El pueblo aunque ignorante, quiere libertad y derechos; pide tal ó cual forma de gobierno; se queja de las contribuciones; de las cargas públicas; y todo lo hace sin conciencia, sin saber lo que dice, sin tener ideas propias, sin conocer lo que pide ni lo que critica. Dad lectura al labrador; que aprenda, que estudie, que mientras descansa su cuerpo de las faenas del dia se ocupe su inteligencia, puesto que esta ocupacion no cansa, sino fortifica. Instruid al

hombre de los campos; inspiradle amor á la lectura y al estudio; dejad vacíos los casinos y las tabernas y habreis hecho un beneficio á la sociedad.

Para conseguir esto, contaís con un elemento poderoso. El libro.

¿Y será posible que hoy que el pensamiento se multiplica hasta lo infinito haya seres ignorantes todavía?

¿Dónde está el trabajo de llevar la civilización á los pueblos? Tened voluntad y fé, y en poco tiempo regenerais el mundo. Pero al hacerlo no penseis que trabajais en beneficio ageno. Si sois egoistas, trabajad tambien. Vuestro será algundia el beneficio de tantos desvelos.

Poseeis el talisman de la civilización y de la gloria: dadlo á nuestros hermanos menores; que vuele de unos en otros, y habreis dado luz á los ciegos y palabra á los mudos, y podreis decir á la generacion que nada sabe. «¡Alzad la frente; ya sois hombres!»

El hombre en la sociedad.

El hombre en la sociedad.

Todo padre, según un eminente escritor, puede dar tres diversas vidas á su hijo. La vida natural, la educacion y la vida de las riquezas. La primera vida ó sea el cuerpo con sus distintos órganos no depende de la voluntad del padre. La Providencia únicamente, dirige y dispone su organizacion. La tercera vida, ó las riquezas, se halla sujeta al trabajo y la economía. En cuanto á la educacion, el padre que consigue hacer de su hijo un hombre digno y virtuoso debe llamarse feliz.

La buena educacion es, en efecto, el mas precioso de todos los bienes. Ella nos enseña á conducirnos en el mundo de la mane-



ra mas conveniente; nos hace amar las virtudes y aborrecer el vicio; nos consuela en las desgracias; mantiene en nuestra alma la firmeza que no nos abandona en medio de los desengaños de la sociedad y nos ofrece la quietud entre los tormentos; la reputacion de un nombre honrado á través de las mayores adversidades.

El hombre colocado en la sociedad se pregunta necesariamente.—¿Cuáles el fin á que debo aspirar en el mundo?—La respuesta es bien sencilla, aunque su práctica sea muy difícil. Hacerse amar de sus semejantes. Para conseguir esto no debe seguir otro camino que el de la rectitud.

Las criaturas en su necesidad de vivir con sus semejantes deben procurar atraerse la amistad de las personas que tratan, y el medio de lograrla consiste en estudiar los diferentes caractéres para conducirse con ellos segun las costumbres y las inclinaciones. Estudio importante en verdad y que por desgracia olvida con frecuencia el hombre, dando origen con esto á los disgustos que tantas veces amargan su existencia.

Para llevar á cabo con fruto las obser-

vaciones de los caracteres, conviene fijar la atención en el temperamento, que es el principio de las inclinaciones de cada individuo, y la edad que tanto influye en las inclinaciones dichas; mas el temperamento se modifica á través de los años, y hé aquí la razón porque hemos dicho que la edad influye en las inclinaciones del hombre y en consecuencia en su temperamento. Así como el año se divide en cuatro estaciones cada una de las cuales tiene distintas cualidades, de la misma manera la vida del hombre tiene cuatro estaciones que corresponden á las del año. Los veinte primeros componen la primavera en que predomina el temperamento nervioso. Los veinte que siguen constituyen el verano y en ellos predomina la sangre. Desde los cuarenta hasta los sesenta reina el otoño representado por la bilis, y el último periodo, el invierno, se distingue por la melancolía, como un triste presagio de la muerte que se acerca; como un doloroso recuerdo de las imágenes de otros años, pérdidas para siempre...

Estas mismas modificaciones que la edad



imprime en el temperamento, hacen tambien que el hombre en su primera juventud ó primavera sea impresionable; en el segundo periodo de la vida, amante de los placeres del mundo; en el otoño, dominante por regla general, y en el invierno avaro y desconfiado. Nada hablaremos del hombre durante sus primeros veinte años, puesto que en aquella época aun no ha entrado en los combates de la vida, ni en el trato con sus semejantes.

El periodo comprendido desde los veinte á los cuarenta años puede llamarse en su principio, perfecta juventud y en su fin, virilidad. Esta edad es en sus primeros años la mas peligrosa, porque la voluntad quiere mandar como dueña absoluta y el hombre obedece con demasiada frecuencia la voz de sus caprichos que lo llevan á sacrificarlo todo por el mas insignificante deseo. El bullicio del mundo y sus locos placeres resuenan entonces en el alma y sin una educacion sólida, es fácil que el jóven cometa miles estravios. La imaginacion vivísima en estos años nos hace inconstantes, y á la vez que ambicionamos, continuamente impresiones y



locuras, el olvido viene á arrebatarnos nuestros deseos, y lo que ayer era nuestra esperanza y nuestro encanto, hoy es nuestro enojo. La posesion de cada objeto nos trae su cansancio.

En los años comprendidos de los cuarenta á los sesenta, el hombre ha sufrido una notable alteracion. La impetuosidad de la sangre se ha debilitado considerablemente. Las locuras y las faltas cometidas en la época anterior dan una saludable esperiencia y el hombre, prudente y precavido, no se entrega con facilidad á su consejo, sino que busca en otras personas las luces necesarias para guiar sus pasos sin vacilar ni caer.

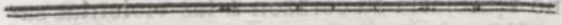
A la ambicion de placeres, á los sueños de glorias fantásticas reemplazan pensamientos mas útiles; la imaginacion, menos fogosa reflexiona más, y la criatura aparece constante en sus designios y grave en sus ideas. La esperiencia ha traído á su alma el conocimiento de los hombres y por lo tanto es discreto; sabe cuales son los defectos de cada uno y se precave contra la malicia y el engaño. La misma esperiencia le ha de-

mostrado lo que cuesta adquirir y los trabajos que llevan en sí las privaciones; y teniendo presente tan útil enseñanza, economiza, desecha los gastos supérfluos y se limita á proveer á las atenciones de su familia.

Así es como el trabajo de la primavera dá su fruto en el otoño. Si la semilla de aquella estación no arraiga, en vano será el hombre recoger mas tarde productos sazonados.

El tiempo, atleta corredor, vuela sin descanso y el hombre llegá por último al invierno de su vida. El astro poco ha en medio del horizonte toca á su ocaso. El trato con los demás hombres lo ha hecho desconfiado; teme á sus semejantes y duda de todo, porque nó podemos negarlo; la experiencia del mundo es muy triste; de aquí proviene que el anciano nó halle á su alrededor sino espinas y dolores. El árbol de la existencia vestido un dia de floridas hojas, perdió poco á poco las galas de su traje. Las hojas verdes y brillantes, convirtiéronse en amarillas y despues, el viento helado del invierno, desnudó para siempre el tronco que las sostenia.

El padre, se halla en la obligacion de instruir á su hijo, y uno de los estudios mas importantes que conviene tener presente, es el que hemos bosquejado. La religion y la naturaleza mandan que el padre enseñe á su hijo no solo la moral, sino el conocimiento de los hombres. Por su parte los hijos han de prestar oido atento á las instrucciones que reciben. Respecto al objeto de estos renglones, diremos que no es posible hacer una pintura esacta de todos los corazones; mas sin embargo, conviene que un buen padre descubra á su hijo lo que su experiencia le haya dado á conocer de las condiciones de las criaturas. Cada hombre tiene, por regla general, una virtud ó un vicio dominante, y su conocimiento es de inmensa utilidad.



... de las pasiones que se colan con
horrible ensueño en el momento. Tras
camino el que solo nos ofrece espaldas. Mas
no de santo la vida del mundo. La pro-
de

MORAL Y POLÍTICA.

... de un ser humano. Si tenéis in-
... el conocimiento de la
verdad y la sabiduría, ningún grito de de-
... la vida.

EL REY SÁBIO.

... la gloria del poder.
... la gloria del poder.
... la gloria del poder.

I.

La sabiduría merece estudiarse donde quiera que la encontremos. La juventud principalmente, debe buscarla á su entrada en el mundo. El complemento de toda educacion debería ser la lectura de las obras que mas grato nos hagan aquel don divino. Si el hombre poseyera alguna sabiduría, ya fuese adquirida por la educacion ó ya por la lectura, sus pasos en la tierra serian menos vacilantes; no compraría su experiencia á fuerza de terribles golpes, y

no temblaría su corazón á las violentas sacudidas de las pasiones que se ceban con horrible encono en el ignorante. ¡Triste camino el que solo nos ofrece espinas! Mas no os asuste la aridez del mundo. La prudencia y el saber transforman el desierto de la vida en un jardín ameno. Si teneis firmeza, si os aplicais al conocimiento de la verdad y la sabiduría, ningun grito de dolor nos arrancarán los combates de la existencia. Manos á la obra. ¡Estudid! Esta sola palabra encierra el misterio de la felicidad y la gloria del porvenir.

La ignorancia es la muerte. La sabiduría es la vida. Así como el niño de corta edad vacila el andar y á la vez que vacila, tropieza y cae, del mismo modo el hombre ignorante que no tiene en el mundo el apoyo del saber, apenas acierta á caminar y sus débiles pasos son otros tantos tropiezos y la senda de la vida una senda cubierta de obstáculos invencibles.

¿Qué significa la inteligencia, esa chispa de la divinidad, sino una fuente poderosa, un manantial de donde debe brotar la sabiduría?

Pero si Dios dá al hombre la razon y

la inteligencia para que reflexione y egecute; le manda en cambio que cultive sus facultades puesto que de otro modo de nada le servirían. Ved la obligacion de toda criatura humana. Trabajar para vivir; no para vivir la existencia del cuerpo sino la del alma. Si continuamente resuena en nuestros oidos el eco que repite ¡trabajad! es porque nunca conviene olvidar que nuestra mision sobre la tierra se cifra principalmente en la educacion de las facultades intelectuales, sin cuya educacion seríamos inútiles para el bien y la virtud y no podríamos ambicionar un perfeccionamiento, un progreso para nosotros ni nuestros hijos.

En la escala de la sociedad, cualquiera que sea la clase que tomemos por punto de partida se vé impresa la ley del trabajo, no como un anatema que esclaviza al hombre, no como una carga que lo hace sucumbir bajo su peso; al contrario, como un don que purifica el alma y la razon, que le arranca las preocupaciones, que fortifica su fé, que mantiene vivas y puras las mas santas creencias.

El padre de familia necesita saber pa-



ra educar á su hijo, hoy átomo impalpable lanzado en el torbellino del mundo y mañana padre de otras criaturas. Si la ignorancia es lo único que posee el padre ¿no puede acaso algun dia ser cómplice de la desgracia de su hijo? Horrible dolor en verdad; causar indirectamente la perdicion de un hombre y acaso de una familia, por la falta de conocimientos que transmitir á un hijo. Despues de estas palabras, no dudareis de la inmensa importancia que tiene la instruccion.

Supongamos una madre, y discurriendo como en el caso anterior coloquemos á su lado una jóven que va á entrar en el combate de la vida y que un dia será esposa. Si aquella madre no ha impreso en su alma de niña las máximas del honor y la virtud, si no le ha manifestado sus múltiples deberes como esposa y como madre, ¿cuáles serán las doctrinas que inspire á su familia? Tal vez contestais que si sus inclinaciones son buenas le bastará obrar con arreglo á su recto juicio y sana razon; pero fácilmente se observa que el recto juicio necesita una guia que lo ilustre; una espe-

riencia anterior que no haga dudoso su camino.

II.

El rey Salomon fué dotado de la sabiduría. Sus admirables escritos han pasado á la posteridad.

Sus consejos merecen ser repetidos continuamente, pues no solo se dirijen á los príncipes y á los monarcas, sino tambien á los ciudadanos.

El ilustre descendiente de David, el autor de los Divinos cánticos profundiza de tal modo el corazón humano, adivina de tal suerte sus dolores mas recónditos, sus debilidades mas imperceptibles que dá á aquellos un consuelo, y á estas un consejo: fortifica al débil que sufre; corrige al malvado que se deleita en el mal y á todos sin escepcion hace palpables los dulces placeres del bien y la virtud.

Con ejemplos conmovedores pinta los estragos del vicio; enseña sus senderos sembrados de espinas al que por primera vez



entra en el mundo, y su lectura nos espanta en estos casos á la vez que nos enamora cuando describe los encantos de la sabiduría y las recompensas de la virtud.

El sábio Rey penetra en los alcázares de los príncipes; les dá consejos para asegurar la paz y la gloria de sus estados; censura sus defectos y les muestra sus consecuencias, poniendo á su lado los medios de correccion mas pronto y seguros.

Llama al corazon de los jueces, y severo y justo, los exhorta á ejercer su difícil cargo sin manchar su conciencia. Conociendo el triste poder del oro que hace tantas veces cerrar los ojos á la razon no se cansa en ponerles de manifiesto este escollo donde suelen estrellarse las buenas intenciones de la justicia vacilante.

Viene luego al hogar doméstico y á la esposa, débil mujer sujeta á los caprichos de su imaginacion, le presta fé y esperanza, le dá valor para luchar con los peligros sin humillar la frente.

Despues toma á su cuidado al jóven que falto de esperiencia sueña en los placeres de la vida, y en breve trasforma su alma entusiasta en un alma reflexiva á la cual



no seducen los falsos oropeles de la sociedad. ¡Ah! si todos los padres de familia siguieran este sistema ¡cuántas lágrimas evitarían á sus hijos; cuántos desengaños, cuántos extravíos!

Pero la pequenez del hombre es tal, que el padre tiembla ante la idea de descubrir á su hijo los vicios sociales, las llagas de la humanidad, y prefiere que el mundo enseñe á aquel poco á poco lo que su equivocado amor le impedia enseñarle. Consecuencia natural de la poca sabiduría, pues la verdad y el saber son francos y nada temen, al paso que la ignorancia cree un delito poner de manifiesto las miserias de la criatura.

III.

Salomon confiesa en primer lugar, que todo rey necesita reconocer que su poder se deriva de Dios. En tal concepto, funda sobre este principio de justicia la *piEDAD* que es la base de todas las virtudes; pues si un rey carece de ella, carece tambien

de justicia; por eso escribe hablando de Dios.

Por mí reinan los reyes, y los legisladores no hacen leyes justas sino cuando están conformes con las que yo he dado.

— La piedad y la justicia se unen maravillosamente; tanto, que no es posible que un rey sea piadoso sin ser justo, ni que sea justo sin ser piadoso. La historia de los pueblos antiguos atestigua esta verdad. Neron y Antioco, el primero enemigo de la religion cristiana, el segundo enemigo de los judíos, fueron igualmente injustos porque tenian el mismo sentimiento de impiedad. Lo contrario observamos en Carlo-Magno, San Luis y otros monarcas que poseyendo la justicia eran piadosos sin igual.

El pueblo, dice Salomon, se alegrará cuando vea elevados á los buenos, y

*alabaré al rey que esterminará los im-
pios.*

Hé aquí un consejo que deben tener presente los reyes de la tierra. El país donde los gobernantes son individuos de mérito y de virtud, es próspero y feliz; mientras que si los jefes de la nación carecen de estas cualidades, el pueblo sufre toda suerte de desgracias.

El pueblo, añade el sábio monarca, se arruina cuando carece de un jefe. Es decir, cuando se halla mal gobernado; y despues observa que su salvacion está en la abundancia de consejos. Todo Estado necesita de un buen consejo, y la prudencia ordena á los reyes que se provean de personas cuya ilustracion y rectitud sean conocidas.

La maldicion del pueblo cae sobre el que en tiempo de hambre oculta sus tri-

gos; y quien los vende recibe las bendiciones de aquel.

Este pensamiento se refiere á las personas que por medio de un monopolio infame abusan de la miseria pública empleándola en su beneficio para aumentar sus riquezas. Los reyes, segun las palabras citadas de Salomon, deben cuidar de tener en sus estados abundantes víveres á ejemplo de los paganos, de los griegos y los romanos.

El ministro hábil é inteligente será estimado del rey, pero este verá con indignacion al que por su incapacidad es inútil.

Todo rey sábio y prudente, hace una eleccion acertada de sus ministros, y puede decirse que el carácter del soberano se retrata en los hombres á quienes confia el poder. Muchas veces, la falta de capacidad ó la mala conducta de los

ministros trae infinitas desgracias á un pais.

La primera fuente de la virtud de un soberano, es hacer justicia á sus vasallos, y esta virtud es mas agradable á Dios que todas las Hostias que pudiera inmolarle.

El carácter distintivo de los reyes es la justicia, y por ella solo son la imagen de Dios; y tanto agrada al Señor la virtud que por las palabras de Salomon dice: *La adivinacion estará en los lábios del rey y su boca no se engañará jamás en su juicio.* Pero al lado de los preceptos de justicia aparece hermosa y dulcísima la clemencia. Oigamos á Salomon: *La alegría del rostro del rey dá la vida y su clemencia es como la lluvia de la noche.*

El sábio príncipe aconseja otra vez la clemencia en estos términos: *La dulzura y la verdad son los fieles guardianes*

de los reyes, y la clemencia afirma su trono.

En efecto para que un rey sea perfecta imágen de Dios es preciso que á la justicia enlace la clemencia. El célebre Alejandro debió parte de su fama al rasgo de misericordia que tuvo restableciendo á Porro.

La mas brillante accion de Augusto fué el perdon concedido á Cinna; y otros muchos monarcas han sido admirados mas que por sus victorias por sus actos de clemencia. Esta es hija de la prudencia y la sabiduría, y hé aquí por qué esclama Salomon: *Adquirid y poseed la sabiduría y la prudencia, pues este tesoro vale mas que el oro y la plata.*

Las riquezas mundanas desaparecen: las riquezas del alma no nos abandonan jamás. Es un precioso tesoro que crece con el tiempo y que el uso perfecciona en vez de marchitar.

El príncipe despiadado que devora á un pobre pueblo, es semejante al leon enfurecido y al oso hambriento.

Conmovedora pintura que aconseja á los gobernantes que tengan compasion del pueblo que carece de recursos y que sufran su miseria en vez de afligirlo con impuestos ó vejaciones.

El príncipe que carece de prudencia deja oprimir á sus vasallos con la calumnia que triunfa en sus estados; pero el que aborrece la avaricia tendrá una larga vida.

Una de las mas temibles plagas que pueden afligir á un pueblo es la calumnia que triunfa de la virtud, desgracia que sucede cuando los jefes de la nacion carecen de prudencia. Mas el rey sábio que destierra la calumnia y no la permite brotar en sus pueblos, vé con alegría la virtud respetada

y el mérito elevándose sobre la ignorancia y la maldad.

El príncipe que por su gusto presta oído á la mentira, tiene ministros sin fé y sin probidad.

Los reyes deben administrar justicia. La justicia se funda en la verdad, y si admiten en su seno la mentira, desaparece por consecuencia toda justicia. Los atributos de un monarca no se hallan en la pompa, ni en la magnificencia real; se hallan en la práctica de las virtudes, en la justicia y en la verdad, fundamentos poderosos de los tronos. El pueblo que posee un rey adornado de las cualidades necesarias, será feliz, ilustrado y bueno.

Aparta la impiedad y será afirmado por la justicia su trono: así dice Salomon á los reyes que atentos á sus malas inclinaciones se rodean de consejeros iníquos cuya influencia puede perjudicar al pueblo.

En la multiplicacion de los justos se alegrará el vulgo; cuando los impios tomen el mando gemirá el pueblo.

El pueblo, juez poderoso, se regocija cuando es gobernado por hombres dignos, y su fallo imparcial rechaza á los ambiciosos ó impios que ocupan los puestos elevados de la nacion. La justicia es amada de todos y la voz universal bendice al monarca que la practica. Desgraciado el rey que oye las murmuraciones de los vasallos descontentos.

Los hombres pestilentes disipan la ciudad: los sábios apartan el furor.

¿Cuántas calamidades no traen consigo esos revolucionarios que atendiendo solo á sus miras particulares seducen á los hombres ignorantes ó visionarios y los arrastran al desórden? Ejemplos repetidos nos dá la historia de nuestra patria de los trastornos que los ambiciosos han ocasionado.



Pero ¿cómo evitar la repetición de esos males que tanta sangre cuestan á las naciones? Con la instruccion; no lo dudeis.

Demos á un pueblo los conocimientos oportunos, y sabrá distinguir entre lo falso y lo verdadero; comprenderá sus deberes, sus derechos; y no se dejará seducir con mentidas promesas que no se cumplen, con frases que no comprende pero que en su ignorancia alhagan su vanidad y lisonjean sus aspiraciones. Al torrente de la ambicion inmoderada opongamos la valla de la sabiduría y aquella, falta de un cimiento sólido se estrellará en el razonamiento frio de la inflexible lógica.

El príncipe que oye con gusto palabras de mentira, todos los ministros los tiene impios.

Sin el convencimiento de la verdad no puede un rey gobernar con acierto: en cambio los grandes que lo rodean cometen toda suerte de injusticia, aprovechando la

ignorancia en que vive el príncipe; y de aquí las vejaciones que padecen los vasallos. Nada tan interesante para un rey como la verdad. Con ella conoce la situación de sus pueblos, las necesidades de sus subordinados y puede corregir defectos, practicar mejoras y facilitar en fin todo género de felicidad, mientras que si desconoce esa misma verdad, solo obedece á las observaciones egoistas de sus consejos, cuyo deseo, cuyo pensamiento se compendia en la realizacion de sus esperanzas olvidando la suerte del país.

El rey que juzga á los pobres en verdad, su trono será eternamente afirmado.

Es decir, que subsiste en el trono el príncipe que no se deja gobernar por los poderosos, y que por el contrario protege la inocencia. Lo que antes indicamos de los jueces es en parte aplicable á los reyes: el oro suele seducir y hacer que la ley se incline á su lado: el rey que olvida la



grandeza ó la pompa por la justicia, merece el amor de su pueblo.

No des, dice Salomon, *tus riquezas para arruinar reyes*. Pensamiento magnífico que condena las guerras injustas y las revoluciones que tienen por objeto arrebatarse el cetro al buen soberano.

Sin embargo, no siempre los hombres recuerdan esta máxima, y ciegos, soñando un porvenir de gloria bajo el dominio de nuevos señores, lanzan un grito sedicioso y hacen temblar los tronos de los reyes y aun llegan á manchar sus manos en la sangre de los monarcas.

En buen hora levanten su bandera de guerra los pueblos que sufren el yugo de los verdaderos tiranos; en buen hora corra al combate el pueblo que vé llegar á su patria á un orgulloso conquistador; entonces aquellas figuras amenazadoras que defienden el hogar paterno, que ponen su pecho por escudo de la madre, de la esposa ó del hijo son héroes inmortales cuyos pasos guía Dios. Mas ¿qué diremos de los vulgares sediciosos que invocan in-



útiles reformas pidiendo nuevas instituciones sin saber lo que desean sino guiados únicamente por la ambicion que los compra ó por la ignorancia que los hace soñar ridículas fantasías?

Antes que ser revolucionarios *aprended*, con la instruccion y la enseñanza se hacen las verdaderas revoluciones.

Amad la sabiduría los que juzgais la tierra.

El monarca favorecido por Dios, el sábio Salomon considera la sabiduria como el primero y mas rico de los bienes, puesto que sin ella no puede haber felicidad ó si la hay es efimera y pasagera. Los gobiernos de los pueblos debieran tener presentes este principio y sin duda evitarian á sus subordinados tantas luchas sangrientas, resultado de la poca sabiduria que los domina en el ejercicio de su cargo. Una idea fija y orgullosa es con frecuencia el objeto á que mas atienden algunos soberanos y esa idea que visten con la capa del *honor*

se llama ambicion; á ella posponen toda suerte de consideraciones, olvidando tal vez que *los pensamientos perversos apartan de Dios* (Sabiduría); olvidando tambien que la sabiduría y la religion retratadas en este pensamiento, se hermanan para producir la felicidad.

*Mejor es la sabiduría que las fuerzas;
y el varon prudente que el fuerte.*

De nada sirve el triunfo momentáneo de la fuerza sobre la sabiduría; el tiempo vuela rápido y un dia la justicia pone de manifiesto la razon; y entonces el vencedor de un instante humilla la frente para no alzarla jamás. En los combates de los pueblos triunfa á veces el partido del mas fuerte, pero ¿qué importa, si la razon subsiste sobre los esfuerzos de la ignorancia, poderosa en apariencia?

Dad oidos vosotros, que refrenais pueblos y os complaceis con muchedumbre de

naciones; porque de Dios os ha sido dado el poder, y del Altísimo la fuerza, el cual examinará vuestras obras, y escudriñará los pensamientos.

Así es como Salomon exhorta á los reyes y los jueces para que aprendan la sabiduría; es decir, la ciencia de gobernar, sin la cual los pueblos sufren eternos males, como atestigua la historia. Roma bajo Nerón, monstruo sanguinario, padece horribles vejaciones: exaltado y cruel, falto de sabiduría y de prudencia, aquel monarca es el azote de sus vasallos; mientras que bajo el reinado de Augusto, sábio y amable, gozan sus súbditos de felices y tranquilos años en los que florecen las artes y las ciencias en medio del contento general.

.....La multitud de sábios es la salud del universo; y un rey sábio es la firmeza de su pueblo.

Donde brillan las ciencias, donde la inteligencia aparece con todo su rico esplendor, allí la vida es cómoda y pacífica. Los hombres desarrollan sus conocimientos dedicados al bien universal y los pueblos disfrutan de este beneficio. Añadid á esto un rey sábio tambien, y encontrareis en este cuadro la ansiada perfectibilidad del género humano; la realizacion del progreso mas completo, basado en solo dos palabras: *sabiduría y paz*.

Pero sin duda los reyes del mundo no escuchan la voz que pide continuamente aquellas dos palabras y por un extraño fenómeno parece que se complacen en destruir la obra de la paz y la sabiduría con asoladoras guerras que para nada sirven. Apóstoles de la felicidad humana elevan discursos brillantes, se esfuerzan en demostrar lo ridiculo y lo infructuoso de esas luchas pidiendo en cambio la *paz* positiva y fructífera... mas ¡ay! el estruendo de los combates impide oír sus razonamientos y el humo de los cañones oculta sus figuras suplicantes.

¡Guerra! ¡Guerra! Adelante, pues. Tenemos en nosotros mismos el gérmen de la

felicidad y lo buscamos en la muerte, como buscamos la paz en la guerra.

Incomprensible misterio que causará la risa de los siglos venideros.

IV.

Los pensamientos que al azar hemos extractado de los escritos de Salomon, deben ser estudiados por todo el mundo.

Leedlos; un momento ocupado en conocer estas líneas, puede inspiraros el deseo de estudiar la fuente de donde emanan, que es la Biblia.



En el punto de vista de la historia de la literatura, el estudio de la prosa castellana en el siglo XV es de gran importancia. En este período se produce una gran transformación en el lenguaje, que se refleja en el estilo de los escritores. El lenguaje se vuelve más claro y sencillo, y se abandona el uso de palabras y frases complicadas. Este cambio se debe a la influencia de la prosa francesa y a la necesidad de comunicar ideas de manera más directa y comprensible.

Los prosistas de este período, como Juan de Valderrama y Juan de Mena, muestran un gran dominio del lenguaje y una gran capacidad de expresión. Sus obras son un ejemplo de la perfección alcanzada en la prosa castellana de este tiempo.

En el punto de vista de la historia de la literatura, el estudio de la prosa castellana en el siglo XV es de gran importancia. En este período se produce una gran transformación en el lenguaje, que se refleja en el estilo de los escritores. El lenguaje se vuelve más claro y sencillo, y se abandona el uso de palabras y frases complicadas. Este cambio se debe a la influencia de la prosa francesa y a la necesidad de comunicar ideas de manera más directa y comprensible.

Los prosistas de este período, como Juan de Valderrama y Juan de Mena, muestran un gran dominio del lenguaje y una gran capacidad de expresión. Sus obras son un ejemplo de la perfección alcanzada en la prosa castellana de este tiempo.





LA EDUCACION,

LA HISTORIA Y EL ARTE. (1)

I.

No en vano la humanidad produce de tiempo en tiempo esas creaciones gigantes de la inteligencia, que son el asombro, la maravilla del mundo. No en vano vuelan á través de las naciones esas páginas de oro. Encierran un pensamiento, tienen una misión que cumplir. Dicen al hombre:— ¡Estudia, aprende!—llevan en sí el gérmen

(1) Debemos advertir, que los estudios de que trata este capítulo, se refieren al hombre, pues al hablar de la educación de niñas, manifestamos que no eran absolutamente precisos ciertos conocimientos en la mujer.

de la enseñanza; el principio de la felicidad.

El hombre no acierta siempre á interpretar los signos que le presenta á sus ojos el libro de la naturaleza, ya por que su educacion no se lo permita, ya por que su percepcion moral no goce un estenso desarrollo. Por eso los seres privilegiados que aparecen en la tierra para legarnos un tesoro de ideas y de pensamientos, son los encargados de ilustrar las inteligencias, de descifrar los misterios que esta no puede comprender por sí sola.

Estudiemos, trabajemos, desarrollemos las facultades del alma para colocarnos á una altura que nos permita comprender las bellezas de las obras inmortales con que se enorgullecen las naciones. Si queremos admirar todo lo grande, todo lo sublime de las producciones humanas, necesitamos preparar antes nuestro espíritu. De otra manera, los monumentos del génio nada nos hablarán, ó mejor dicho, no entenderemos su lenguaje.

Las obras del hombre son para todos los hombres, no para un determinado número de ellos; pero sin los conocimientos nece-

sarios quedan por patrimonio de pocos seres y la mision que vienen á cumplir en las sociedades no se completa. Las obras del verdadero génio nunca mueren. Encierran un fondo de verdad que no se desvanece á las sacudidas del tiempo; encierran una belleza inesplicable, reflejo acaso de la divinidad, que no se marchita ni palidece. Sus pensamientos vienen un dia á ser propiedad nuestra. Sentimos envidia de no poder imitar á los personajes de estas obras; quisiéramos poseer sus virtudes, alcanzar sus glorias; y lamentamos mas y mas nuestra pequenez y nuestros defectos.

Semejantes lecturas purifican el alma y despiertan el sentimiento de lo bello, preciosa facultad de la criatura, que moraliza y engrandece.

Pero ¿cómo llegar á identificarnos con estos pensamientos, á profesar estas ideas? Lo hemos dicho; la educacion nos ofrece el único medio de alcanzar el triunfo que anhelamos.

II.

¡La historia! Increíble parece lo necesario de su estudio para la práctica de la vida. La enseñanza mas profunda, la moral mas conmovedora se encuentran en sus páginas. No es un estudio superfluo, sino indispensable para la educacion. Si á veces molesta su gravedad y su aridez, en cambio el beneficio que nos proporciona escede con mucho á aquellas. La historia es el trabajo de todos los pueblos; el drama eterno de las pasiones, cuyo análisis dá por resultado la mas rica de las ciencias humanas; la esperiencia.

En la peregrinacion perpétua del hombre sobre la tierra, la historia es su guía, su compañero, su amigo. Sus verdades lo apartan del error; su esperiencia le evita miles abismos; su moral lo hace justo y virtuoso. Comprended, ahora, hasta qué punto es indispensable su estudio. Aquí aparece el hombre desde la infancia de los pueblos, con sus vicios y sus extravios;

aquí camina poco á poco, perfeccionando su naturaleza, adivinando los tesoros de un mundo que apenas conoce. Como niño que no acierta á dar los primeros pasos, avanza y retrocede; vacila y cae; pero su espíritu no lo abandona y á pesar de sus errores y sus maldades lega á las generaciones que le suceden un manantial de enseñanza que forma el cimiento de otros pueblos; y de esta suerte la familia humana se encadena en el transcurso de los siglos.

La educación es la base de la virtud: la historia la base de la justicia y la moral, y como complemento de la historia las obras maestras, engendradas por el arte.

Homero y Virgilio, Valmiki, Platon, Sofocles, Tasso, Milton y tantos otros génios, coronan el edificio de la enseñanza que nos presta la educación. Para admirar las obras de esos autores es preciso lanzar una ojeada á los pueblos que han sobresalido en las concepciones de la inteligencia. Cada pais tiene su literatura particular.

Volved la vista al Oriente, cuna del género humano. ¡Cuanto podeis estudiar

aquí! La Biblia nació en estas regiones. La Biblia, primer libro del mundo, debe ser nuestra primera lectura. ¡Qué lecciones mas terribles! El mal y la virtud en constante lucha. El hombre olvidando sin cesar á Dios. Crímenes sombríos; guerras desoladoras.... pero á la vez cantos de amor y de ternura; sacrificios heróicos; relámpagos de virtud que alumbran las tinieblas del vicio.

— ¡Hermoso libro! No lo abandoneis. El Príncipe y el pastor, el hijo feliz de la fortuna y el humilde proletario, todos hallan en él una lección, un consejo, una esperanza.

Mirad la India. Su nombre será pronunciado siempre con respeto y cariño. Valmiki la inmortalizó con la creación mágica del *Ramayana*. «*Quien lea el Ramayana queda limpio de sus pecados.*» Estas palabras del poema bastan para formar un juicio de sus bellezas. Es un libro de amor y de bondad, de religion, de respeto á los dioses, que nos hace simpáticos como ninguna otra obra nuestros deberes, nuestras obligaciones.

La India se muestra magnífica en su li-

teratura. El libro de los *Vedas* es una fuente de ventura que seduce. El arte india se desarrolla aquí admirablemente, así como la religión primitiva del hogar. La educación aprenderá en los *Vedas* cuanto necesita para el amor y la paz de la familia.

La mujer débil, ignorante en su inocencia, se somete al hombre su esposo; reconoce su superioridad; escucha sus consejos y obedece sus mandatos.

Estas lecturas rejuvenecen y fortifican el espíritu. Son la virtud poetizada, el deber dulcificado, el mundo convertido en un paraíso de reposo y felicidad.

De la India pasad á la Persia. Su moral es sublime y se funda en el trabajo. La justicia y la ventura están en el trabajo. La base de este es en la Persia antigua la agricultura. Por eso los compañeros del hombre que lo ayudan y le prestan sus fuerzas son amados.

La tierra tiene derecho á un alimento. Si se le proporciona dice al labrador: «*Que tus campos produzcan todo lo que sirve para comer; que tus aldeas, numerosas, abunden en toda clase de bienes.*» Mas si le falta la sementera que necesita, esclama-

ma. «*Que los manjares puros se alejen de ti y que el demonio te atormente.*»

De esta manera se mantiene viva en el hombre la idea de su deber representado por el trabajo. «*Quién siembra con pureza cumple toda la ley.*» Tal es el resumen de la religion persa.

Grecia, atrevida y espiritual, creadora de inmortales héroes, no debe pasar en silencio. Sus obras, su mitología, encierran una idea profunda y magnífica. La *educación*. Sus dioses olímpicos educan. Aquellos ídolos de piedra enseñan una filosofía; derraman en el mundo una claridad que es imposible dejar de ver. Cada uno tiene su misión, y en todos brilla el alma continuamente, bajo diversas concepciones á cual mas admirables; ya tomando la forma de Apolo, armonía y luz infinita, ya tomando el aspecto de Hércules, el héroe que purificado en la tierra con los sufrimientos y los trabajos sube al cielo, justa recompensa de sus virtudes.

Concluiremos citando algunas palabras de un escritor contemporáneo:

«*Complacerse en la lectura de los buc-*

nos modelos, persistir en su estudio, es darnos á nosotros mismos lo que todos los tesoros del mundo no nos pueden dar: la delicadeza del gusto, la paz del corazón, el contento del espíritu y las satisfacciones de una conciencia pura; porque el conocimiento de lo bello, nos conduce siempre á los goces de la virtud.»

Algunas de ellas son en su vida
la religión y satisfacer las aspiraciones de
ellas. Al lado de la religión ponemos la mu-
jer y queda completa la educación.
Facil educación puesto que se forma en
la casa y lo com-
CONCLUSION.
grande mejor y lo comunico mejor á su
pito.

— La mujer es desgraciada y ni aun tiene
el recurso de una perfecta educación que
la sostenga en sus debilidades, que la consue-
le en sus dolores, que la fortifique en
sus trabajos.

No queremos á la mujer científica, pero
tampoco frívola ni superficial. No obstan-
te, olvidamos el justo medio que se encuen-
tra entre ambos extremos y solo atendemos
á uno de estos desatendiendo aquel.

La instruccion científica es demasiado
profunda. La educacion superficial dema-
siado materialista. Ninguna llena su ob-
jeto.

Adoptemos una educacion cuya base sea la religion, y satisfará las aspiraciones humanas. Al lado de la religion poned la moral y queda completa la enseñanza.

Fácil educacion, puesto que se funda en el alma y lo que la mujer siente, lo comprende mejor, y lo comunica mejor á su hijo.

Tengamos presente lo que debemos á las mujeres y dulcifiquemos su existencia, no con engañosos placeres, sino con gracias y perfecciones.

La educacion del hogar nos prestará su apoyo. Llamemos al corazon de los padres y empiece la obra.

— Dos palabras compendian nuestro pensamiento. Estas palabras son *Dios y la familia*. Es decir, las dos grandes verdades que hay en el mundo.

— ¡*Dios y la familia!* Todo lo demás puede ser ilusion, fantasia ó vanidad, pero

aquellas palabras encierran la felicidad suprema.

La única realidad de los sueños del hombre es la familia: la única gloria que satisface sus aspiraciones, es Dios.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Introduccion.	5
Educacion de niños.	9
Educacion de niñas (primera parte.)	21
Educacion de niñas (segunda parte.)	31
La mujer considerada en la familia.	43
Enseñanza popular.	53
Mirada á las aldeas. (El Cura.) . . .	67
La lectura.	77
El hombre en la Sociedad.	85
Moral y Politica. (El Rey Sábio.) . .	93
La educacion, la historia y el arte.	117
Conclusion.	127



INDICE

Págs.

127	Conclusion.
117	La educacion, la historia y el arte.
93	Moral y Politica. (El Rey-Sabio).
85	El hombre en la Sociedad.
77	La lectura.
67	Mirada a las aldeas (El Cura).
58	Enseñanza popular.
43	La mujer considerada en la familia.
31	Educacion de niñas (segunda parte).
21	Educacion de niñas (primera parte).
9	Educacion de niños.
5	Introduccion.



